

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 455.

SUMARIO.

Desgracia ocurrida en Kentish-Town; grabado. — **El congreso artistico de Amberes.** — **Viaje de sir Edmundo Broomley;** grabados. — **Revista de Paris.** — **La vida de verano en España.** — **El acueducto de Marly;** grabado. — **Versalles. El bosque de Apolo;** grabado. — **Tristeza y alegría.** — **La hoja del yagrumo.** — **Clarisa.** — **Nueva sinagoga de Colonia;** grabado. — **Toma de posesion de monseñor Cruice;** grabado. — **Timon de fortuna;** grabado. — **Monseñor Cruice;** grabado. — **Biografia española.** — **A mi último escudo.** — **La ley del amor.** — **Antonio Dandolo;** grabado. — **Los Jardines de niños;** grabado.

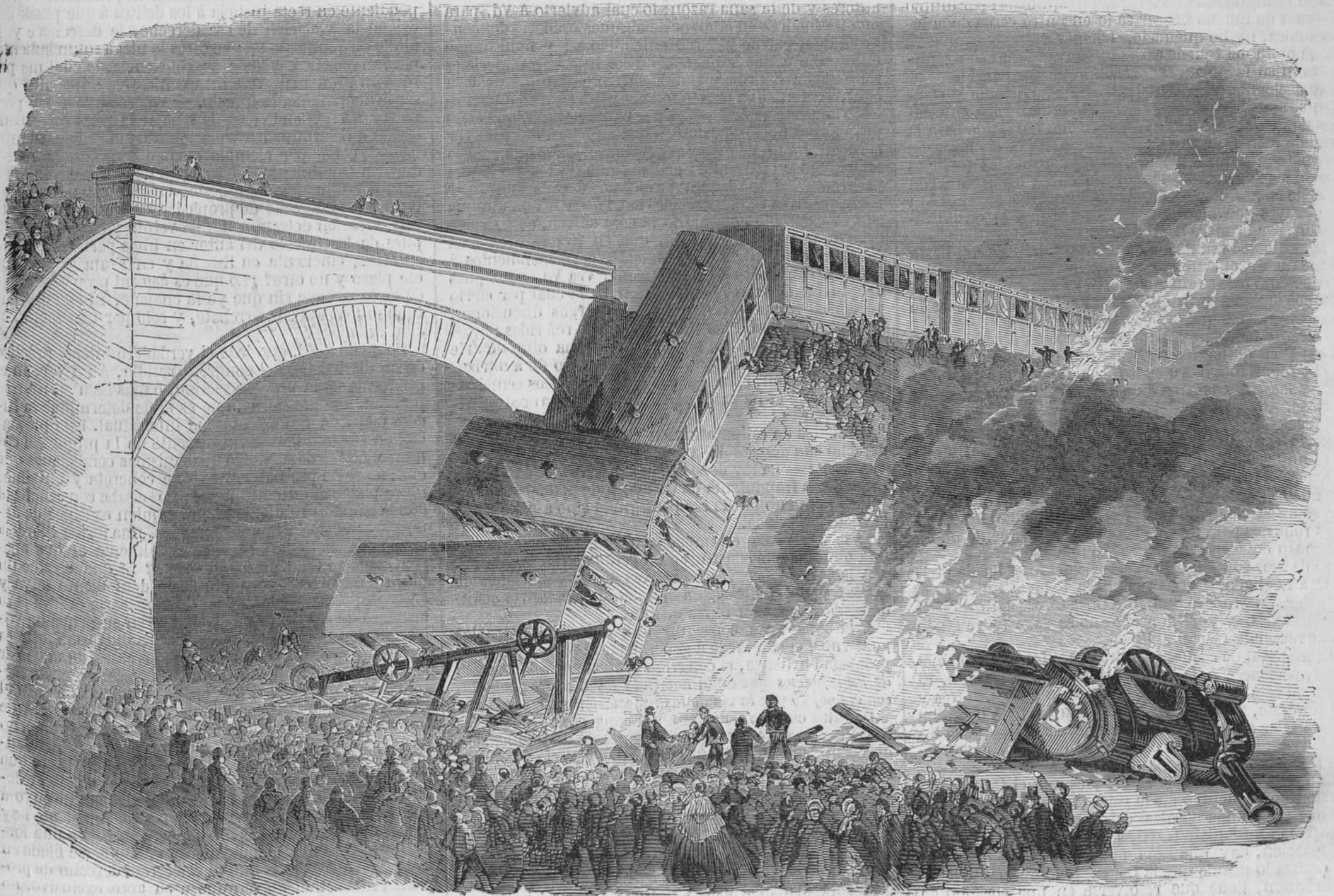
Desgracia ocurrida en Kentish-Town.

El 25 de agosto último ocurrió un terrible accidente en el ferrocarril de Brighthon á Londres, causando la muerte de muchas personas, y una semana despues una segunda catástrofe, mas espantosa aun que la primera, vino á consternar al público. Hé aquí los pormenores que da el *Times* del 3 de setiembre sobre esta horrorosa desgracia que se ve representada en nuestro dibujo :

Ayer, á las siete y veinte minutos de la tarde, ocurrió una espantosa catástrofe en el empalme de Hampstead, á consecuencia de un choque entre un tren de viajeros y otro de arena. Este último cambiaba de via á la sazón en que se presentó el tren procedente de Kew.

En este sitio, es decir, á unos 1,000 metros de la estacion de Kentish-Town, la altura del terraplen es de 40 á 50 piés; al lado hay un puente de varios arcos, una especie de viaducto de unos 30 piés de altura.

El maquinista del tren de viajeros creyó, segun se supone, al ver las luces de la locomotora del tren de arena en la otra línea, que la via que él seguia estaba completamente despejada, y en su consecuencia no se paró. Por desgracia no era cierto lo que él creyó; la mitad del tren de carga habia pasado ya á la otra via, de suerte que el tren procedente de Kew, á pesar de las señales de alto y las linternas encarnadas, cuyo movimiento se apercibió demasiado tarde, llegaba á todo vapor á la misma línea.



DESGRACIA OCURRIDA EN KENTISH-TOWN EN EL EMPALME DE HAMPSTEAD (Inglaterra).

Mrs. Hartman

La escena siguiente es mas para imaginada que para descrita. La locomotora del tren de viajeros se precipitó en medio de los trucks que los hizo trizas, salió, ó mejor, saltó fuera de los rails haciendo un ruido que se oyó á mas de media milla, y cayó abajo del terraplen, silbando, arrojando bocanadas de vapor cuyo ruido sembró el terror en todas partes. Los wagones que arrastraba la locomotora, chocando contra la esquina del antepecho del puente, rebotaron, y cuatro de ellos, de viajeros, fueron arrojados á los campos, uno sobre otro, chocando contra sí, y destrozando horriblemente á los infelices viajeros.

En todas partes no se oia mas que los gritos de los moribundos y heridos, las exclamaciones de la desesperación y de crueles sufrimientos. Corrióse inmediatamente á su auxilio, y de entre los restos de wagones se sacaron los restos humanos. En ese tren iban muchos niños y animales, y desgarraba atrozmente el corazón oírles gritar y llorar, llamando al padre, á la madre, y estos que casi no podían articular una palabra, se alzaban sin embargo, y con voz apagada se quejaban diciendo: ¡Hijo mio, Dios mio, hijo mio! La locomotora habia caído al lado, y de todas partes se escapaba el vapor candente: al lado de la máquina estaba tendido el fogonista, á quien se levantó para conducirlo al hospital.

Sin embargo iba anocheciendo, y bien pronto la oscuridad fué completa, lo cual no hizo mas que aumentar la confusion que acompaña naturalmente semejantes catástrofes. Las personas residentes en la vecindad enviaron á buscar médicos por todas partes y traían parihuelas. Gran número de heridos fueron trasladados inmediatamente á las casas de los facultativos; pero otros pedían por favor que se les dejase en el suelo, con tal que se les proporcionase una gota de agua.

Unos veinte minutos despues de ocurrido el accidente, llegó una partida de agentes de la policía procedentes de la estacion de Kentish-Town, y otros de Camden-Town, en coches y wagones; pero era de noche y no habia gas. A toda costa se necesitaban luces; entonces se recogieron varios restos de wagones y se les pegó fuego. No hubo necesidad de cortarlos, porque el choque habia sido tan violento que los trozos eran muy menudos. Esta clase de luz hizo aun mas terrible la escena: veíanse hombres, mujeres y niños heridos, tendidos, unos inmóviles, otros temblando y revolcándose por la fuerza de la calentura.

La locomotora estaba echada, y arrojaba vapor por todas partes; pero lo mas terrible fué que debajo del primer wagon que habia saltado por el puente se vió la cabeza de un hombre y las piernas de otro. La policía y los operarios sacaron á los que habian quedado en el interior de este primer wagon; pero casi es ocioso añadir que solo se sacaron cadáveres. Hacia ya media hora que estaban en este coche que habia caído de una altura de 30 á 35 piés, y habia caído de la misma altura y con igual fuerza otro coche lleno tambien de viajeros. No se encontraba el cadáver del maquinista; por último despues de mucho buscar se le encontró cerca de la locomotora, medio quemado. Lo mas extraño es que la locomotora del tren de carga no se cayó, y ni su maquinista ni su fogonista recibieron la menor herida.

El accidente debe atribuirse á negligencia de la compañía, si es cierto, como lo han asegurado los empleados de la vía, que no hay reglamento publicado para el tren de recreo de los viajeros, que indique las horas de su marcha y de su llegada. El número de los muertos conocidos asciende hasta ahora á once; los heridos son mas de ciento. Por desgracia las heridas de algunos son tan graves que bien puede esperarse que se encontrarán mayor número de víctimas.

Durante toda la noche del lunes y del martes, hasta el amanecer, el camino de Kentish-Town estuvo cuajado de gente que se dirigía al sitio de la catástrofe. Los campos inmediatos estaban iluminados por los restos de los coches, á los que se puso fuego.

Durante toda la mañana se trabajó en desembarazar la vía y en quitar los wagones que se habian roto con el choque. Habia tres ó cuatro completamente destrozados, y las gruesas barras de hierro estaban encorvadas y rotas. Al otro lado del terraplen habia los restos de los trucks del tren de mercancías. La máquina estaba todavía completamente enterrada al pié del terraplen.

El número de hombres que se han necesitado para recoger los restos, ha podido dar á los espectadores una idea de la violencia con que los wagones fueron arrojados sobre la vía. Se necesitaron treinta ó cuarenta hombres robustos para levantar el fondo ó pavimento de un coche sin cubierta, sin bancos ni puntales.

Se da por supuesto que este accidente se ha de atribuir á negligencia, mas se ignora todavía quién es el culpable. La propiedad de esta línea ofrece algunas particularidades, y por de pronto no se sabe sobre quién ha de recaer la responsabilidad.

El material de coches que sirve para los trenes de viajeros, pertenece á la compañía del North-London. El personal está al servicio de la compañía de Londres y del Noroeste, á la cual pertenecen tambien la máquina y los trucks del tren de mercancías, en tanto que la locomotora y los wagones del tren de pasajeros llevan todos la marca «North-London.»

Una cosa hay fuera de duda, y es que el tren de excursion no se detuvo en la estacion de Kentish-Town, á unas trecientas yardas del tren de lastre. Entre Hampstead y Kentish-Town, á 400 yardas de esta última estacion, hay una seña auxiliar. Es evidente que esta causa lo mismo que la instruida sobre el accidente de Brighton, tiene que resolverse en una cuestion de señales.

Desde ayer han fallecido seis personas gravemente heridas: el total de los muertos es once, y el de los heridos treinta y cinco.

El congreso artístico de Amberes.

CARTA SEGUNDA.

Amberes 22 de agosto de 1861.

Señor director del *Correo de Ultramar*.

Muy señor mio y amigo:

Con todo el aparato usado en esta clase de solemnidades se abrió el lunes 19 á las doce de la mañana la primera sesion del congreso, bajo la presidencia del señor burgomaestre M. Loos, quien despues de pronunciar un breve discurso de circunstancias, leyó una carta de S. A. R. el señor duque de Brabante, príncipe heredero de esta corona, en que excusándose de no poder, por su quebrantada salud, acudir á presidirnos, exponía en breves y muy luminosas razones sus ideas sobre los varios objetos de nuestra reunion. No transcribo aquí su carta, porque podrá Vd. leerla en todos los periódicos. Por la propia razon dejó á un lado todo lo que me atreveré á llamar la parte *espectaculosa* de nuestras juntas, como dicen los italianos, y me limitaré á someter á usted algunas reflexiones sobre los varios puntos de interés material, artístico y filosófico sometidos á las deliberaciones del congreso en el programa de sus trabajos, — (programa completa y perfectamente llenado, sea dicho de paso —) que es el siguiente:

Cuestiones de interés material.

I. El artista que ha creado una obra de arte cualquiera, ¿tiene ó no el derecho exclusivo de autorizar su reproduccion, bien sea por procedimientos semejantes á los que él ha empleado, bien sea por procedimientos diferentes?

II. ¿Cuáles son los medios que deben emplearse para proteger al artista contra la copia fraudulenta de sus obras?

III. ¿Qué medidas deberian tomarse contra la estampacion de una firma falsa en una obra de arte?

IV. Las leyes represivas de las violaciones de la propiedad artística ¿deben ser aplicables á las copias ó imitaciones del arte que pueda hacer la industria?

V. ¿Por qué medios podría conseguirse una concordia entre los gobiernos, encaminada á generalizar la proteccion de la propiedad artística?

Tal es la primera parte del programa, primera en orden numérico, no en importancia á los ojos de sus autores y de la sana razon; lo cual advierto á Vd. para que no incurra en el error de algunos oradores del congreso que, por no haberlo entendido así y figurándose que se iba á dar la primacía á los intereses materiales sobre los artísticos y filosóficos, tomaron pié de esta equivocacion suya para hacernos perder un tiempo precioso demostrándonos, cosa por nadie negada, que estos últimos son mas importantes que aquellos. Para mayor claridad y á fin de evitar repeticiones, juzgo que será lo mejor poner en seguida de cada una de las partes del programa las soluciones propuestas á cada punto por las respectivas secciones; pues debo decir á Vd., aunque casi es excusado por cuanto la cosa se cae, como suele decirse, por su propio peso, que en *tres* se dividió el congreso en seguida de instalarse, correspondientes á las tres partes del citado programa. Vea Vd. aquí pues de qué modo la primera seccion (á la cual por cierto pertencí yo) propuso, despues de largas discusiones, que se contestara á las cinco preguntas referidas:

A la 1ª: — El artista que ha creado una obra de arte cualquiera *es el único* que tiene el derecho de autorizar su reproduccion, bien sea por procedimientos semejantes á los que él ha empleado, bien sea por procedimientos diferentes.

A menos de estipulacion en contrario, conserva este derecho *aun despues* de la venta de su obra.

A la 2ª: — La ley debe declarar que *es un delito* la reproduccion fraudulenta de una obra de arte.

Este delito no puede ser perseguido sino á peticion de la parte agraviada.

A la 3ª: — La estampacion de una firma falsa en una obra de arte constituye un *delito de falsificacion*.

A la 4ª: — Las leyes represivas de las violaciones de la propiedad artística *deben aplicarse á la industria* cuando copia ó imita las obras de arte.

A la 5ª: — Para conseguir una concordia entre los gobiernos, encaminada á generalizar la proteccion de la propiedad artística, el congreso propone la *continuacion de los esfuerzos que están haciendo los diversos gobiernos con ese objeto por la vía de las negociaciones diplomáticas*.

De estas cinco conclusiones, el congreso aprobó desde luego las cuatro primeras; y despues de una empeñada discusion, substituyó á la quinta, que pareció y con razon en mi sentir, demasiado vaga en sus términos é ineficaz en el fondo, la contenida en los tres puntos siguientes, propuestos por M. Vervoort:

1º El congreso estima que el principio del reconocimiento internacional de las obras artísticas en favor de sus autores debe *entrar en la legislación* de todos los pueblos civilizados.

2º Este principio debe admitirse de país á país, *aun cuando no haya reciprocidad*.

3º La asimilacion de los artistas extranjeros á los artistas nacionales *debe ser absoluta y completa*.

Siendo este dictámen de la primera seccion el mas importante de todos, á no dudarlo, por cuanto los puntos á que se refiere se prestan mucho mas que los otros á una aplicacion práctica, de que no podrán prescindir las legislaciones futuras, aquí y en todas partes, voy á hacer á Vd. sobre él algunas breves reflexiones. Desde luego creo evidente que en esta primera parte del programa se encierra todo el verdadero interés de los trabajos del congreso, ó por mejor decir, este interés se cifra todo entero en un solo punto, á saber: «Cuál es la verdadera índole de la propiedad artística, cuál la verdadera extension que debe y puede darse al reconocimiento de esa propiedad en la legislación interior de cada país y en las relaciones internacionales de los países civilizados;» — cuestion sumamente ardua y en que todavía andan muy divididos los pareceres. En esta cuestion, como en todas, la diversidad de opiniones procede casi siempre de la diversidad de intereses, lo cual naturalmente agrava y complica mucho las dificultades de una solucion aceptable para todos. A esto se agregan las exageraciones propias del espíritu de partido; por una parte, la intransigente obstinacion del que posee, con razon ó sin ella, y no quiere renunciar á su posesion, que considera como un derecho (en este caso están los que tienen por oficio reproducir *obras ajenas*, sin participacion y á veces sin noticia del autor); por otra, la impaciente aspiracion al goce completo, llevado hasta sus últimas consecuencias, de un *derecho* recientemente reconocido como legitimo (el derecho de propiedad intelectual), pero que por su índole especialísima, se presta poco á ser claramente formulado en la ley y eficazmente protegido en la práctica: tal es el derecho que evidentemente tiene un autor sobre la obra que crea ó produce, — el derecho de propiedad artística, literaria ó científica, — en una palabra, de lo que generalmente se llama la *propiedad intelectual*. Pocos son ya los que niegan ese derecho, por largo tiempo desconocido é impunemente hollado en todos los países, y en este cabalmente mas que en otro alguno, pues sabido es que la Bélgica ha estado siendo hasta hace muy pocos años el centro y como el gran laboratorio de la *contrefaçon* ó reproduccion fraudulenta de libros ajenos; pero no basta que un derecho sea reconocido en teoría: si no existe ó no se encuentra el medio eficaz de protegerle en la práctica, poco ó nada habrá mejorado su condicion por efecto de aquel reconocimiento.

Este es exactamente el caso en que se encuentra el derecho de propiedad intelectual: reconocido ya de una manera absoluta, teóricamente, en la legislación de la mayor parte de las naciones de Europa, se encuentra grandemente coartado en la práctica por la dificultad — la imposibilidad mas bien (hasta ahora) de reducir á fórmulas legales la proteccion que le es debida. Por no acertar el legislador á determinar la penalidad correspondiente en recta justicia á los delitos á que puede dar origen la violacion de ese derecho, le desconoce y le omite en algunos casos: en otros le niega rotundamente, para mayor descargo de su conciencia, lo cual me parece un gran mal. Vale mas confesarse impotente que ser deliberadamente injusto. — Yo creo que la ley peca por omision cuando deja de señalar la pena correspondiente á determinadas violaciones de la propiedad intelectual, como por ejemplo cuando consiente la reproduccion fraudulenta (*contrefaçon*) de obras extranjeras: peca por injusticia manifiesta, cuando asigna arbitrariamente al derecho de propiedad de que aquí se trata una duracion determinada, — veinte y cinco años despues de la muerte del autor en unas partes, cuarenta en otras, cincuenta en España y en Francia. ¿Por qué ese plazo y no otro? ¿Lo que es *hoy* mi propiedad, deja de serlo *mañana* sin que yo la enajene, ni ella desaparezca, ni otro me la arrebate, y solo por una mera ficcion de la ley?

He dicho á Vd. que todo el verdadero interés práctico de las discusiones del congreso residia, á mi ver, en el programa de la primera seccion, ó mas bien en un solo punto de ese programa, que es el de determinar la índole y latitud de la propiedad intelectual. Esta propiedad en efecto difiere esencialmente de la propiedad comun y no puede sujetarse á las mismas condiciones que ella: no tiene por objeto una *cosa* concreta y tangible; no se puede dividir ni limitar; no se sabe con exactitud dónde empieza ni dónde acaba. ¿Quién es capaz de determinar hasta qué punto una idea, una forma literaria ó artística cualquiera pertenece realmente al que aparece como su autor ó sea su dueño? El que escribe un libro, produce una cosa que es evidentemente suya y en cuya posesion exclusiva debe ampararle la ley; pero las ideas de ese libro, que constituyen su principal valor, pueden muy bien tener ya otros dueños. Y esto es lo que sucede en la mayor parte de los casos, en unos por usurpacion premeditada, en otros por coincidencia fortuita, dado que *nada hay nuevo en el mundo*; de aquí el peligro, cuando la ley ampara á uno en la posesion de una idea, de agraviar tal vez á otros con mejor derecho á esa posesion. ¿Cómo no ha de titubear el legislador ante este peligro? Además, el interés público exige que las ideas útiles no permanezcan estancadas bajo el dominio de uno solo; por último, ellas tienden de suyo á difundirse, á volatilizarse en cierto modo, y no hay manera de comprimirlas indefinidamente bajo una forma dada. Esta es sin duda la razon de haberse fijado en todas las legislaciones que reconocen el derecho de propiedad intelectual un término á su goce exclusivo, no porque en realidad desaparezca ese derecho cumplido el término, sino porque la ley reconoce los inconvenien-

tes que habria en concederle mayor duracion legal: no es pues el derecho en sí lo que cesa, cumplido el término, sino la proteccion legal de su goce exclusivo. Tengo para mí que este estado de cosas ha de durar todavía mucho tiempo, pero no creo dudoso que llegará un día en que los adelantos de la ciencia harán posible el reconocimiento por todos los gobiernos cultos de la *perpetuidad* del derecho de propiedad intelectual que hoy solicitan en vano las escuelas mas avanzadas en política y en filosofía. Cuando se considera lo que ese derecho ha conseguido de pocos años á esta parte, es lícito esperar que conseguirá todavía mucho mas: lástima que sus impacientes defensores, en vez de obstinarse en *defenderle*, cuando nadie le ataca, y aun cuando mas solemnemente se le reconoce, como lo hace ahora el gobierno belga, no pongan todo su conato en discutir y proponer los medios eficaces de darle mayor latitud en la práctica. De seguro que los gobiernos ilustrados no le serian hostiles en ese caso, pues no es por ahí por donde pueden temer nada tales gobiernos; al contrario, en el reconocimiento espontáneo y leal de todos los derechos legítimos es donde encuentran y encontrarán siempre, bien lo saben ellos, su mayor fuerza.

Empeñadísima fué la lucha en el seno de la primera seccion sobre el punto capital de la perpetuidad del derecho de propiedad intelectual, y fácil era conocer que la cuestion era mas política que de intereses materiales, aunque tampoco estos dejaron de levantar la cabeza bajo el disfraz del interés artístico y literario; pero lo mismo allí que en el congreso, donde la lucha se reprodujo con nuevo brío, la victoria quedó por los conservadores, á pesar del auxilio que vino á dar á los partidarios de la perpetuidad una elocuentísima carta del gran poeta Victor Hugo, leída en sesion pública entre estrepitosos aplausos. Para contrapesar su efecto, pronunció un excelente discurso el señor ministro de lo Interior. La perpetuidad quedó oficialmente eliminada, los cincuenta años de duracion, despues de la muerte del autor, reconocidos al derecho de propiedad intelectual en el congreso de Bruselas de 27 de setiembre de 1858, se declararon subsistentes, y con esto la discusion perdió todo su calor, por no decir todo su interés: los demás puntos, considerados con razon como muy secundarios, se votaron casi por unanimidad. El mas importante me parece ser el que propone el reconocimiento mutuo del derecho de propiedad intelectual entre los diferentes paises *aun á falta de reciprocidad*; principio noblemente liberal, generoso y cultísimo, por cuanto en él se sobrepone la benevolencia á la justicia, devolviendo el bien por el mal, que es la verdadera virtud y la verdadera habilidad. De esperar es que este hermoso principio entre pronto en la jurisprudencia de todas las naciones civilizadas.

Paso ya á la segunda parte del programa, ó sea á las

Cuestiones de interés artístico:

I. La expresion del arte monumental ¿está en relacion con las otras manifestaciones del espíritu moderno?

II. La alianza de la arquitectura, de la escultura y de la pintura ¿es indispensable en el arte monumental? ¿Qué reformas deberian introducirse en la enseñanza de las Bellas Artes con objeto de establecer esa alianza?

III. ¿No es en la alianza de la arquitectura, de la pintura y de la escultura donde el arte monumental podria encontrar los elementos de un estilo nuevo que caracterizase nuestra época?

Advierta Vd., señor Director, que ya aquí pisamos un terreno menos firme; que ya salimos de la region de los hechos prácticos para remontarnos á las teorías especulativas, sobre las cuales se puede estar hablando mucho tiempo y muy elegantemente, sin decir nada en sustancia. Que la alianza de las tres nobles artes es indispensable en los grandes monumentos, ¿quién lo duda? Todos los pueblos artistas la han practicado en mayor ó menor escala, y aun hoy mismo no se construye ningun grande edificio, público ó particular, en que no haya estatuas y pinturas. Si lo que ha querido ponerse á discusion es si conviene ó no restablecer la pintura exterior de los monumentos y las esculturas policromas usadas entre los Griegos, eso ya puede dar motivo á diversos pareceres, y lo ha dado aquí en efecto, aunque la mayoría se ha pronunciado en contra; pero en cuanto á la necesidad de la alianza de las tres artes para constituir un verdadero monumento público, completo, ó sea la *perfeccion* del arte monumental, la seccion ha propuesto y el congreso ha votado unánime la afirmativa. En este sentido propone la seccion que se reformen los estudios artísticos, como es consiguiente; y sin dar solucion á la tercera pregunta, por parecerle, muy acertadamente en mi sentir, que *no ha lugar á emitir un voto sobre ella*, dicha seccion segunda concretó sus conclusiones, reducidas á lo que dejo á Vd. manifestado, en un admirable informe de M. Wagner, catedrático de la universidad de Gante, cuya lectura fué interrumpida muchas veces por los aplausos de la asamblea.

Digo de la tercera parte del programa lo que he dicho de la segunda: me parece demasiado metafísica para un congreso destinado, por su brevísima duracion, á dar resultados prontos. No tres, treinta y mas sesiones podrian llenarse holgadamente con magníficos discursos sobre cualquiera de los puntos de estética que comprende esa parte del programa, sin que de todos ellos resultase ni un buen cuadro mas, ni un mal libro menos: — temas hermosos para lucir el ingenio, poco ó nada valen para la práctica. Juzgue Vd. mismo:

Cuestiones de interés filosófico.

I. ¿Cuáles son las relaciones entre la filosofía y el arte?

II. ¿No ejerce el arte cierta influencia sobre el desarrollo intelectual y moral de las naciones?

III. ¿Qué influencia puede reconocerse al espíritu moderno sobre el arte contemporáneo? ¿No posee nuestra época un principio nuevo que pueda dar á las artes plásticas una expresion y una direccion nuevas?

IV. Si el arte al expresar el pensamiento contemporáneo debe expresar su símbolo á los ojos de todos, ¿con qué género de obras puede conseguir mejor este objeto?

No sé porqué estas preguntas me recuerdan las famosas *sabatinas* de mis tiempos de estudiante, verdaderas justas del ingenio, en que se sostenian los mas sutiles temas, no para probar verdad alguna, sino para ejercitar la facundia y acreditarse de hábil discutidor. Hábilitos los habia en nuestros antiguos *autos* públicos, pero á fe que no les van en zaga los que aquí he oido, distinguiéndose entre todos por su admirable elocuencia un sacerdote católico holandés, el señor presbítero Brauwerters, cuyo discurso sobre la alianza de la filosofía y el arte fué sin duda el gran suceso de la sesion última. ¿Qué elegante fluidez en el decir! ¿qué abundancia y valentía de imágenes! Parecia estar oyendo al señor Castelar *boca de oro*. Sus conclusiones sin embargo fueron poco nuevas: habló admirablemente para venir á parar en lo que todo el mundo sabe, esto es, — en que el arte debe subordinarse á la filosofía « como el pincel á la mano, como el idioma al orador, como el instrumento al músico; » que la filosofía da el esqueleto, y las bellas artes le rodean de nervios, le revisten de carne, de belleza, de « juventud (*aplausos*); que la filosofía es el general, y las bellas artes son las valerosas legiones que pelean bajo sus órdenes; que el arte nada puede sin la filosofía; » que separarla de ellas es arrancar las alas al águila, « sacar al leon los ojos, arrancar el corazon á lo bello, etc., etc. »; en una palabra, que el arte despojado del *idealismo* es un arte muerto. El orador concluyó con un rasgo que por hábil y nuevo, para mí á lo menos, se me ha quedado muy impreso. Hablando accidentalmente de Milton, dijo que todo su genio pertenece á un poeta belga llamado Vondel, que escribió un *Paraiso perdido* veinte y cinco años antes que Milton y á quien este copió servilmente. Confieso que no lo sabia. Como Vondel, á lo que parece, era hijo de Amberes, esta oportuna rehabilitacion fué estrepitosamente aplaudida. Es natural: ¡el elocuente orador hablaba en Amberes!

En prueba de la carencia de aplicacion práctica que he señalado á Vd. en los puntos propuestos á la tercera seccion, le diré que al primero no juzgó conveniente ó posible dar solucion, limitándose el secretario á hacer en su informe un resumen de las opiniones emitidas. — «Era ya muy difícil, dijo, dar cuenta con alguna claridad de ideas tan abstractas como las de que tenia que tratar la seccion; pero esta dificultad se agravaba aun mas á consecuencia de la diversidad de las lenguas en que se formulaban aquellas ideas: en efecto, la mitad de los oradores se expresaba en alemán, en flamenco y en inglés; además, la índole de las cuestiones no se prestaba á una conclusion precisa. *Un voto pareció imposible.*» Realmente debia ser aquello la torre de Babel. Al segundo punto, la contestacion fué y no podia menos de ser afirmativa. ¿Quién puede negar que el arte ejerce influencia y grande sobre el desarrollo intelectual y moral de las naciones? Esto casi entra en la categoría de las verdades de Pero-Grullo. El tercer punto dió origen á una cuestion previa bastante curiosa: á esta pregunta: — «¿Qué influencia puede reconocerse al espíritu moderno sobre el arte contemporáneo?» naturalmente se ocurre preguntar: «¿Hay por ventura un *espíritu moderno*? — y en efecto, esto se preguntó á sí misma la seccion; y aunque algunos individuos sostuvieron que *no* le hay, y otros, que si ese espíritu existe, su fórmula, su tendencia característica es el *realismo*, la mayoría, con mejor acuerdo en mi sentir, reconociendo la supremacia del espíritu sobre la materia, sentó esta conclusion que, por mi parte, considero bastante oscura: «El arte, sin dejar de ser individual, procede » en el individuo de la idea y del sentimiento, elementos supra-sensibles, enteramente distintos del dato » objetivo que el arte se empeña en expresar.» No sé si á Vd. le sucederá lo que á mí: en cuanto oigo á algun orador hablar de lo *objetivo* y de lo *subjetivo*, me echo á temblar, porque rara vez entiendo lo que quiere decir. Algo de eso me sucede en este caso, aunque ya se trasluce lo que la seccion ha querido significar, — á saber, que una cosa es el arte y otra la ejecucion material, y que donde falta el sentimiento, falta la vida artística.

En cuanto á la cuarta consulta: «¿Cuál es el medio mas adecuado para expresar el pensamiento moderno?» la seccion no titubeó en proponer *la pintura mural*, que pone la obra del artista ante los ojos de todos y le sustraé á él personalmente á influencias de todo punto individuales y transitorias. «En resumen (concluye el informe) puede decirse que, en el pensamiento de la seccion, lo que mas caracteriza al espíritu moderno y por consiguiente lo que indica al arte la direccion que debe seguir, es el sentimiento peculiar á nuestra época del respeto á la libertad del hombre y á la conciencia de su dignidad.» Esto sí que se entiende bien y me parece exacto.

Y con esto concluyo yo tambien por hoy, repitiéndome de Vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.

EUGENIO DE OCHOA.

Viaje de sir Edmundo Broomley

EN BUSCA DE UNA TAZA DE TÉ.

Miss Aurora se acercó á sir E. Broomley y le presentó una taza de té.

Sir Edmundo alargó la mano; pero como sus ojos se fijaran en el precioso semblante de su novia, comenzó á temblar ligeramente, de modo que la taza se le escapó en el momento que la tomaba y se hizo pedazos en el suelo.

M. Simpson que dormia sobre el *Times*, y su señora que hacia lo mismo sobre su labor, alzaron la cabeza á un mismo tiempo y soltaron á duo esta corta frase:

— ¿Qué es eso?

— A la verdad, ¡sois de una torpeza, sir Edmundo! exclamó miss Aurora con cierto mal humor; por vuestra culpa ya tenemos descabalada la mas admirable media docena de tazas que se haya fabricado jamás en la China. Sir Edmundo, os juro que no seré vuestra esposa hasta tanto que no me hayais traído una taza exactamente igual á la que acabais de romper, aunque tengais que ir á Pekin á buscarla.

— ¡Oh! Es un poco lejos, hija mia, dijo la madre.

— Es demasiado lejos, añadió M. Simpson.

Sir Edmundo Broomley no hizo ninguna reflexion; recogió con la mayor serenidad los restos de la taza que se guardó cuidadosamente en su bolsillo; habló de la insurreccion de la India con M. Simpson, y á la hora acostumbrada se levantó, saludó gravemente á su futuro suegro y á su futura suegra, besó con mucha delicadeza la punta de los dedos á miss Aurora y se retiró.

Al otro día á las ocho de la mañana tomó un cab, estuvo corriendo horas y horas las tiendas de Lóndres donde venden objetos de la China, no volvió á su casa hasta la hora de la comida, comió con buen apetito, y despues escribió una carta cuyo contenido era el siguiente:

«Miss Aurora: No he descubierto en Lóndres una taza de té *exactamente igual* á la que tuve la desgracia de romper anoche. Voy á Paris, y si allí tampoco lo consigo, me embarcaré para la China á fin de cumplir vuestro deseo. Esperadme dos años, y despues no penséis mas en mí.

» Vuestro fiel amigo,

EDMUNDO BROOMLEY.»

Sir Edmundo leyó bien el billete y le cerró con un sello en el que se leia su divisa que era esta: *Decision*: luego llamó á su ayuda de cámara y le dijo:

— Roberto, dentro de una hora salgo de Lóndres; prepárame la ropa. Pondrás en mi neceser seis navajas de afeitar en lugar de dos, porque podria ser que tuviera que ir á la China.

Y alargando la carta al criado añadió:

— Mañana á las diez llevarás esta carta á donde dice el sobre.

— Está bien, señor, contestó Roberto que tomó la carta y se retiró.

Sir Edmundo abrió entonces un album con encuadernacion de cuero de Rusia, y escribió en él estas líneas:

25 de diciembre de 1859.

«No he hallado la taza y parto esta noche para el continente. — Si es preciso llegaré hasta la China, y miss Aurora comprenderá que ha hecho mal, y que nunca se deben pronunciar ciertas palabras. Quizá á mi vuelta se habrá casado con algun fatuo dotado de bastante sangre fria para no temblar al mirarla y no romper sus tazas. Si esto llegara á suceder, seria una prueba de que no me amaba verdaderamente, y entonces yo habria tenido razon para marcharme á la China.»

Tres cuartos de hora despues sir Edmundo tomaba el ferro-carril de Douvres; doce horas mas tarde llegaba á Paris, y en la noche del quinto día se hallaba en Marsella, con los pedazos de la taza de té de miss Aurora bien encerrados en una cajita de palo de rosa forrada de raso blanco.

En Paris no habia sido mas afortunado que en Lóndres.

Existia en Marsella un «viejo lobo marino» que llamaban el capitán Lecoq, dueño de una linda goleta, y que hacia el comercio por su propia cuenta en todos los rincones del mundo donde creia poder vender caro y comprar barato. Por entonces justamente se le habia metido en la cabeza la idea de ir á traficar un poco sobre las costas de la China en pos de la expedicion enviada para vengar las injurias inferidas á la Francia y á la Inglaterra.

El capitán Lecoq consintió en llevar á bordo á sir Edmundo, y le hizo pagar su pasaje como buen francés que se acuerda de Waterloo.

El 2 de enero de 1860 á las ocho de la mañana la goleta *la Fantasia* se llevaba hácia Shang-Hai al novio de miss Aurora.

Sir Edmundo no habia olvidado por cierto su hermoso album con encuadernacion de cuero de Rusia, y como ha tenido á bien prestármelo, voy á trasladar aquí lo que escribió en él durante su memorable viaje en busca de la taza.

En la mar á bordo de la goleta *la Fantasia*.

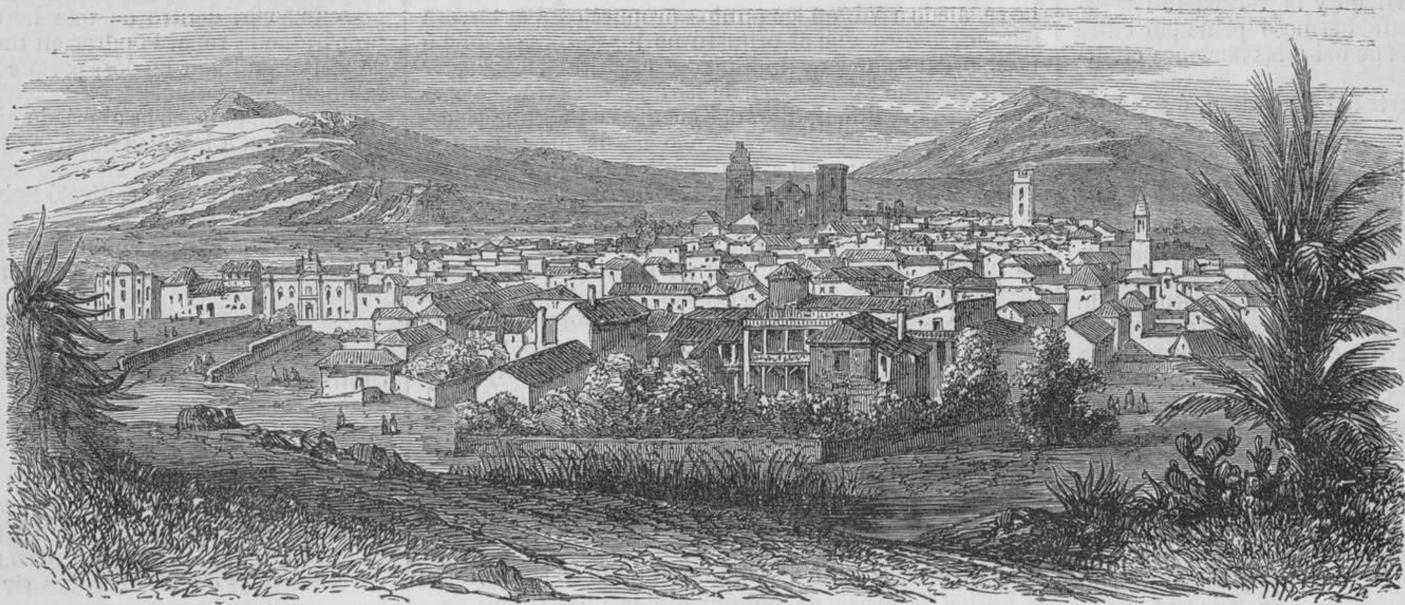
Quince días hace que nos hemos embarcado en *la Fantasia*, y trece que hemos perdido de vista las costas de Europa. El buque no ha cesado de ser admirable y el viento excelente. *La Fantasia* es un buen buque, aunque pequeño. El capitán Lecoq está en todo y castiga severamente el menor descuido; sus marineros le obe-



SUEÑOS A BORDO.

decen como á un capitán de la marina real. Creo que es un buen hombre, si bien no se halla exento de defectos: habla demasiado de Napoleon I, á quien llama el *Petit Caporal*, no se afeita mas que dos veces por semana, y tres copas de ron le ponen sumamente alegre; nuestros marinos ingleses tienen mas cabeza. — El cocinero de la *Fantasia* es detestable. — No hay á bordo mas pasajeros que yo.

Pienso muchísimo en miss Aurora; si sucederá que cuando vuelva... Esta idea me es inso-



LA CIUDAD DE LAGUNA EN LA ISLA DE TENERIFE.

con todos los colores mas chillones y mas vivos.

A menudo se alzan á mi presencia grandes escaparates cargados de miles de tazas como la que estoy encargado de buscar; voy á tomar una, y al punto la salen alas y vuela.

Una noche he soñado que el emperador de la China me enviaba á llamar. Admitido á su audiencia, me prosterno, y S. M. saca de su seno la bienaventurada taza y mela presenta; conmovido con tanta bondad, alargo la mano, el hijo del cielo abre la suya,

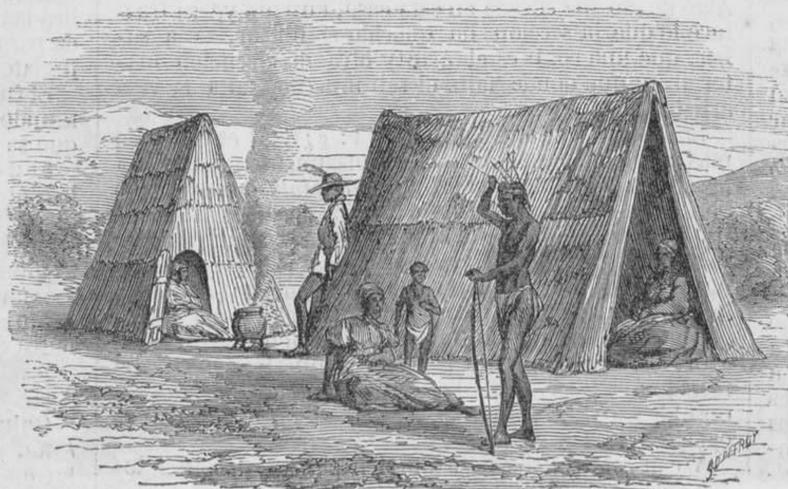


TIPOS HOTENTOTES.

portable. A veces desearia no haber emprendido tal expedición; pero no le hace, llegaré al fin.

Por las noches no veo mas que pagodas, torres de porcelana, edificios de mil colores con techumbres abarquilladas, paisajes azul celeste, balcones dorados y puentecillos sobre arroyos donde nadan peces encarna-

dos; muchachas poetisas me leen sus versos; fumadores de opio escualidos y descarnados me rozan al pasar; rechonchos mandarines me hacen gestos y me pican en las narices con sus largos bigotes puntiagudos; los pasteleros me ofrecen pastelillos de carne de perro; en los aires no veo mas que quimeras, dragones, hipógrifos, monstruos de toda clase, horribles y grotescos á la vez, abigarrados



CABAÑAS DE LOS HOTENTOTES.



MALAYO Y MALAYA DEL CABO.

la taza se cae y se rompe... como la otra... y cuando vuelvo á levantar la vista, no veo ya al emperador, sino á miss Aurora, frunciendo el ceño y con los ojos echando chispas. Hemos dejado tras de nosotros las islas Baleares, la España y la isla de Tenerife.

La *Fantasia* se ha detenido tres dias en Tenerife, que es un paraíso terrenal; las plan-

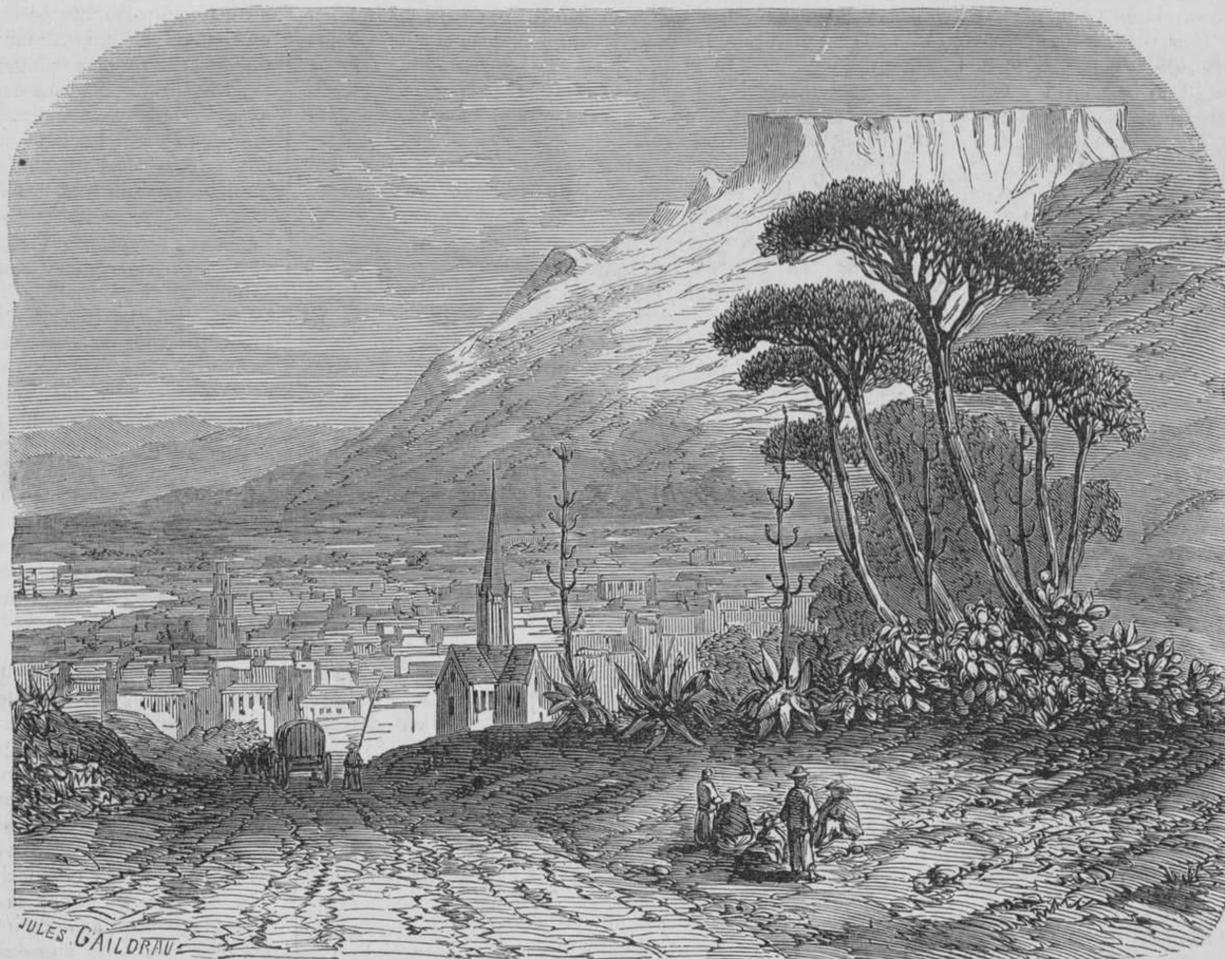
tas y los árboles de todos los climas se dan allí maravillosamente á la falda de una de las montañas mas majestuosas que hay en el universo; los viñedos se encaraman sobre las colinas, y en los valles crecen á porfía naranjos, palmeras, mirtos, cipreses, higueras, limoneros, olivos, castaños, encinas, pinos y árboles olorosos; nada mas hermoso. Laguna, la antigua capital, es una ciudad bonita donde he brindado á la salud de miss Aurora.

Cap-Town.

Desde Tenerife nada mas que agua y cielo. Confieso humildemente que principiaba á fastidiarme en alto grado: ¡pobre naturaleza humana que la inmensidad cansa tan pronto, y que no puede soportar ese espectáculo ni siquiera cuarenta y cinco días!

Ayer hemos desembarcado en el Cabo. — «Estoy á dos mil leguas de la Inglaterra, y sin embargo estoy en Inglaterra.» — Me repito esta frase á cada instante con mucho placer y mucha alegría.

Hé aquí los hijos de la libre Inglaterra marchando con la cabeza erguida



VISTA DE LA MESA Y DE LA CIUDAD DEL CABO.

grave y dignamente, en medio de los franceses, de los holandeses, de los alemanes, de los coolies chinos con la cabeza afeitada, de los malayos con su sombrero puntiagudo, de los cafres ceñida la frente con un círculo de cobre, de los horrorosos hotentotes casi desnudos, y de sus repugnantes compañeras que llevan á los chiquillos en un cesto. Unicamente nosotros estamos aquí en casa. Cap-Town es una ciudad inglesa trasladada al pié de un monte colosal, bajo un cielo radiante, al extremo del Africa, entre los dos Océanos. Reconozco las casas de puertas lustrosas y aldabones muy limpios, las aceras, los mecheros de gas y el macadam de mi querida patria. ¡Aceras, gas, macadam! Y á pocas leguas de distancia las cabañas miserables de los hotentotes en llanuras incultas, — y un poco mas lejos los leones, los tigres, los leopardos, las hienas, los monstruosos elefantes, los feroces rinocerontes, los hipopótamos, y toda la raza venenosa de las serpientes; — y mas lejos aun inmensas regiones sin explorar, montañas, rios, lagos sin nombre, pueblos desconocidos, todo



VISTA GENERAL DE SINGAPORE.

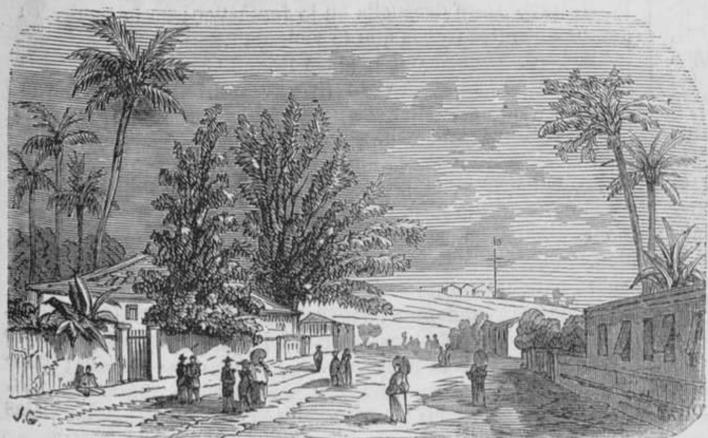
un mundo por descubrir. En Cap-Town hay un hermoso museo donde he visto disecados ó conservados en espíritu de vino todos los insectos que se encuentran en la colonia; pero lo que mas llamó mi atención fué un par de botas enormes con este letrero: *Botas de postillon francés.*

La vida es aquí muy alegre; pero es de advertir que tiene un inconveniente para los extranjeros, y es que suele costar una corona lo que cuesta en Inglaterra un chelín; mas pronto se toma la costumbre, y á mí ya me parece muy natural que un

huevo se pague tres peniques. Los soldados franceses descansan de la travesía que acaban de hacer, y se preparan para la otra dando conciertos, bailando y representando comedias. Los soldados ingleses los escuchan y los miran.

En la mar.

El capitán Lecoq no quiere permanecer mucho tiempo en el mismo sitio cuando no gana dinero; él mismo lo dice con toda



UNA CALLE DE SINGAPORE.



SASTRE CHINO DE SINGAPORE.



ENTRADA DEL PUERTO DE SINGAPORE.

franqueza. Yo no me quejo, pues así llegaré mas pronto á la China, y mas pronto estaré de vuelta en mi país, si el cielo permite que vuelva, y mas pronto en fin será el esposo de miss Aurora, si es que debo serlo. Dejamos Cap-Town, despues de una arribada de cuarenta y ocho horas, hoy hace treinta y nueve dias.

El tiempo sigue hermoso y yo sigo aburriéndome.

El capitán no se afeita ya mas que una vez por semana y habla doble que antes del *Petit Caporal*.

El cocinero no hace ningun progreso en su arte.

Un pez volador se enredó en una vela á la altura de Madagascar, y este ha sido el único suceso extraordinario de nuestra navegacion desde el Cabo.

Deploro amargamente haber roto la taza de miss Aurora.

Estamos á la vista de Singapore.

Singapore.

¡Magnífica rada, magnífico puerto, magnífica ciudad! ¡Alabado sea sir Stamford Raffles! Sir Stamford Raffles no tenia un pelo de tonto y era un buen inglés. Cuando vió en 1816 que la isla de Java se le escapaba á la Inglaterra, se preguntó si no habria en aquellas inmediaciones alguna isleta donde se pudiese enarbolar la bandera de S. M. B. Despues de haber mirado con atencion en algunos centenares de leguas en contorno, distinguió el islote de Singapore.

— Hé aquí lo que buscaba, exclamó; y procedió á hacer un trato con el sultan de Johore, que estaba bien dispuesto para jugar una mala pasada á los holandeses, con quienes no se hallaba entonces en buenas relaciones.

Convertido Singapore en propiedad inglesa todo marchó allí á las mil maravillas. Se hicieron desmontes para cultivar la tierra, se abrió un puerto y se fundó toda una ciudad como por encanto. La poblacion cuenta cuarenta años en el día, y está floreciente y animada y su prosperidad va en aumento. De sus 60,000 habitantes hay 59,000 indios, armenios, judíos, árabes, javaneses, malayos y chinos, y todos ellos viven en paz bajo la ley de la Inglaterra representada por algunos centenares de sus hijos.

La isla de Singapore seria una residencia encantadora si no abundasen tanto los tigres. A nuestra llegada acababan de devorar cincuenta chinos en un solo canton y en el espacio de tres semanas. Es verdad que absteniéndose de salir de la ciudad no se corre peligro alguno.

Me hallo aquí en buenas relaciones con un viejo sastre chino, bachiller caído de la poesia á la prosa, á quien he encargado un hermoso chaleco que me propongo llevar el día que entre en Pekin.

Este pobre hombre que se llama Tien-Hué, se ha empeñado en darme una carta de recomendacion para su primo, memorialista de Shang-Hay: yo he aceptado con la misma gratitud que si hubiese sido una carta de introduccion dirigida al mandarin mas ilustre del imperio.

Tien-Hué tiene ideas muy primitivas tocante al poderío chino. El otro día estaba yo en su tienda cuando acertó á pasar por la calle un destacamento de soldados ingleses.

— ¡Pobres hombres! exclamó el sastre con un suspiro.

— ¿Y porqué los llamais pobres? le pregunté.

— Porque la tierra de mi país se los tragará en cuanto la hayan tocado, y que ni uno solo de todos ellos se librará de la muerte.

— ¿Con que no creéis que los ingleses y los franceses puedan vencer á vuestros compatriotas?

— ¡Los bárbaros vencer á los chinos! No por cierto, no lo creo; y tampoco lo querria, aunque me compadezca de esos uniformes encarnados y azules que tan locamente se van á meter en la boca del dragon. ¿Porqué habeis declarado la guerra al hijo del cielo?

— Porque el hijo del cielo no ha cumplido las promesas que nos habia hecho.

Tien-Hué clavó su mirada en mí con el aire del asombro mas profundo que he podido notar en mi vida.

— ¿Y el hijo del cielo está obligado á cumplir las promesas que hace á los bárbaros? exclamó; hé ahí una idea bien chocante.

Y para entregarse mas libremente á su hilaridad, Tien-Hué arrojó lejos de sí mi chaleco en donde estaba pegando los últimos botones.

H. E.

(Se continuará.)

Revista de París.

Entre los forasteros que acuden continuamente á esta gran capital, se cuenta una clase muy interesante por cierto, y es la de los que vienen no á disfrutar de los paseos, teatros y demás diversiones que París promete como un cebo irresistible á los habitantes de todos los países, sino á curarse de sus dolencias. La fama de esta facultad de medicina se extiende hoy á todo el universo, y todos aquellos que no han podido hallar alivio para sus males en su tierra natal, se deciden, por poco que sus medios se lo permitan, á consultar aquí á los principales doctores de la ciencia. Muchos sin embargo se retraen de hacer el viaje y la consulta por temor de los gastos relativos al último capítulo; pero en este punto debemos confesar en toda justicia que los facultativos franceses saben, en la cuestion de honorarios, tener en cuenta las

fortunas. Esto será quizás un mal para los ricos, pero es un beneficio para la clase media, y sobre todo para los pobres. Mas en cambio saben descubrir tambien las artimañas de los que intentan sustraerse á la justa proporcion de la especie de escala progresiva que tienen establecida para el cobro algunos de los doctores de mas fama, y en este caso se muestran exigentes como nunca.

Una mañana uno de los cirujanos de mas renombre recibió á la hora de la consulta gratuita á un hombre vestido pobremente, que tenia en la garganta un enorme tumor.

El caso era digno de estudio.

— ¿Es cosa peligrosa? preguntó el enfermo.

— Sí, señor, y mucho, respondió el cirujano con la franqueza que todos le conocen.

— ¿La operacion será difícil?

— Muy difícil, y larga la curacion, si es que Vd. se cura.

— ¡Dios mio! Tendré que resignarme á morir.

— ¿Quién sabe? Puede que no.

— Sí, debo optar por la muerte, porque no soy bastante rico para pagarle á Vd. sus honorarios; y sin embargo solo en Vd. tengo confianza, solo Vd. puede llevar á buen término mi cura.

El cirujano le clavó los ojos con una expresion singular, y el enfermo resistió la mirada sin inmutarse en lo mas mínimo.

— Puede Vd. hacer una cosa.

— ¿Y cuál es?

— Entrar en el hospital, y le haré la operacion por nada.

— ¡En el hospital! repitió el enfermo exhalando un suspiro, ¡nunca! Si no tengo lo bastante para pagar á Vd. debidamente, tampoco me hallo en el caso de entrar en un hospital.

El cirujano miró de nuevo á su interlocutor y le preguntó su nombre.

— Bernardo S., contestó este.

— ¿Y habita Vd. en París?

— No, señor; acabo de andar mas de cien leguas para venir á que me salve Vd. la vida.

— ¿En dónde se ha hospedado Vd. aquí?

El forastero dió las señas de una fonda en el barrio latino.

— Corriente; dentro de ocho dias iré á operar á Vd.

Y le prescribió lo que debia hacer para prepararse á sufrir la operacion.

Efectivamente, al cabo de ocho dias el cirujano acompañado de una porcion de practicantes fué á la fonda indicada, y subió hasta una guardilla donde halló al enfermo en un cuarto bastante grande, pero mal amueblado.

El célebre operador sin decir una palabra hizo la operacion con la admirable destreza que le es propia, y salió dejando á dos de sus practicantes á la cabecera del enfermo.

Por la noche volvió á reconocer las resultas de la operacion, y todos los dias se presentó á levantar y á poner los vendajes con el mayor esmero.

Al cabo de dos meses nuestro hombre se halló bueno, y lo primero que hizo fué enviar á su cirujano un billete de mil francos en una carta que contenia además la manifestacion de su ardiente gratitud por todo lo que habia hecho.

El cirujano devolvió la suma, y le mandó á decir que no era hora de arreglar este asunto.

Bernardo, rebosando de alegría, volvió á guardar el billete en la cartera, y salió de París con direccion á su domicilio.

Al apearse del carruaje que le habia conducido desde la estacion del ferro-carril hasta la casa que habitaba en medio de sus inmensas haciendas, le entregaron una carta que acababa de llegar de París.

Era del cirujano, quien le decia en ella que tuviese á bien enviarle la cantidad de sesenta mil francos por la operacion que le habia hecho. En la postdata le añadia que los practicantes le reclamaban por su parte de trabajo diez mil francos.

El hacendado se encolerizó hasta el extremo, y juró que el operador no veria el color de su moneda. No obstante, calmándose despues, escribió proponiendo cinco mil francos, luego diez mil y luego veinte y cinco mil; pero la respuesta que recibió á sus proposiciones fué una citacion en toda forma para efectuar el pago de la cantidad susodicha.

Como tenia cuatrocientos mil francos de renta, le hicieron comprender que seria ridículo entablar un pleito, y hubo de pagar lo que le exigian.

El cirujano habia empleado los ocho dias que precedieron á la operacion en tomar informes sobre aquel cliente sospechoso que desde el principio le habia inspirado fundados recelos acerca de su posicion de fortuna.

Podriamos citar el nombre del cirujano, como le cita el periódico la *Patria*, que hace algun tiempo consignó esta anécdota en sus columnas; pero el nombre no hace al caso aquí, y lo que importaba para nuestro ejemplo es el hecho.

Los periódicos de la semana han dado á conocer la existencia de una culpable industria ejercida; cosa singular! contra los ladrones.

Parece ser que andaban por París y se paseaban entre nosotros una porcion de individuos elegantemente vestidos, parroquianos del Café Inglés y abonados á los teatros de ópera, sin otro patrimonio ni otros recursos que los que procedian de una especie de contribucion impuesta por ellos á los ladrones.

Hé aquí su modo de proceder, segun lo explica uno de los diarios judiciales:

«Conociendo perfectamente los hábitos, el lenguaje y el modo de operar de los ladrones, se encuentran siempre presentes, aunque á cierta distancia, cuando éstos ejecutan alguno de sus golpes, y se revelan á ellos por ciertas señas ininteligibles para la demás gente. Si la cosa sale mal, desaparecen prontamente; pero si sale bien, se muestran y alargan la mano, y bajo pena de delacion tienen que aflojar el impuesto.

En la calle, en los paseos, por do quiera que asoma el malhechor y designa á su victima, allí tiené al «caballero» con el lente en el ojo que le dirige risueño el ademán fatal.

En los cafés y en las tabernas el individuo en cuestion si-

gue atentamente las peripecias del juego entre un estafador y un jugador novato; acompaña á pesar suyo á los rateros en cuantas excursiones emprenden, y al salir de las tinieblas donde acaba de tener lugar alguna escena vergonzosa, siempre tropiezan con él los delincuentes, como el genio maléfico á quien deben un tributo.

Muchas veces los ladrones de profesion han querido des- embarazarse de estos incómodos interventores; pero no han podido, y como temen mucho el ruido y el escándalo, han concluido por reconocer que lo mejor y lo mas sencillo era pagarles el impuesto. Con este fin se ha concluido un trato entre las partes, y la suma que les deben satisfacer es de tres francos sobre veinte francos por las cantidades estafadas, robadas ó procedentes de las ventas de objetos que hacen á los encubridores.

Gracias á esa contribucion, estos caballeros de la nueva industria viven con lujo y opulencia sin tomar parte jamás en las estafas y en los robos. Desgraciadamente para ellos su culpable modo de manejarse ha sido descubierto, y ya la mayor parte de la cuadrilla se encuentra en un lugar seguro.»

¿Quién habia de pensar que entre los elegantes del boulevard de los Italianos y del balcon de la Grande Opera de París la policia debia entresacar toda una sociedad de barateros? No extrañamos pues que haya tardado tanto tiempo en descubrirlos, porque segun noticias, la cuadrilla en cuestion no era de origen reciente.

Hablando de la Exposicion universal que tuvo lugar en París en 1855, un docto miembro del Instituto dijo que los franceses se distinguen en todos los productos que exigen mas arte que industria. Es una verdad incontestable y reconocida en todo el mundo. Pero ¿porqué no se fomentaria el arte industrial hasta llegar á una perfeccion equivalente en ambos extremos? Guiados por esta idea, el «Comité de los inventores y artistas industriales» y la «Sociedad de los progresos del arte industrial» acaban de abrir una Exposicion de las artes industriales en el palacio de los Campos Eliseos.

En los pasados siglos la platería, la ebanistería y la cerámica tuvieron en Francia un brillo extraordinario, y las obras maestras existentes aun de los artistas de aquellos tiempos son objeto de una admiracion general, y constituyen la riqueza de muchos museos y colecciones particulares. Viniendo de aquí á la época presente, no se puede negar que hay decadencia.

«El arte industrial, decia el comité de la Exposicion de 1855, es un caos donde todo está confundido, mezclado y degenerado, género y estilo, formas y colores; á despecho de nuestro gusto innato, ninguna regla primordial, ningun sentimiento, ningun espíritu de conjunto acude á reglamentar, caracterizar y armonizar en un tipo homogéneo á las artes industriales. — ¿De dónde procede el mal? — Proviene de que los artistas industriales no han tenido hasta el dia ningun medio de activar y estimular su emulacion; proviene de que no hay hoy, como hubo en la edad media y en el renacimiento, un campo permanente abierto al artesano que sabe unir el arte con la industria.»

Una Exposicion de las artes industriales era pues de una utilidad patente, y por esta razon los hombres que han tomado la iniciativa en este asunto, se han granjeado inmediatamente las simpatias del gobierno y del público. El palacio de la Industria ha sido puesto á la disposicion del comité organizador, y apenas abierta la Exposicion, el público recorre en muchedumbre las galerías del primer piso, donde se hallan expuestos y clasificados con gusto objetos muy notables de los productos industriales franceses.

No es de este lugar el análisis de la Exposicion á que nos referimos; sin embargo, no podemos resistir á la tentacion de citar á la cabeza de los expositores á M. Pull, que se diria ha encontrado el perdido secreto de Bernardo de Palissy. Pull pertenece verdaderamente á la raza de los grandes artistas de la edad media; todo lo que hay en su obra es suyo; no abandona á nadie el cuidado de los accesorios, y carece de practicantes ni discípulos. No ha tenido mas que presentar sus productos para ser saludado con el nombre del restaurador del arte cerámico que despues de haber brillado en Francia con un esplendor sin igual, habia venido á reducirse al arte del alfarero.

Pero en todos sentidos se hacen esfuerzos aquí para obtener resultados grandiosos. Hé aquí una obra puramente artística, que es un monumento levantado á la memoria del Dante: una edicion en folio del *Inferno*, ilustrada por Gustavo Doré. Nada mas fantástico que las ilustraciones de este dibujante. Los espantosos cuadros que el gran poeta italiano se complace en trazar en esa obra imperecedera, han sido interpretados por Doré de un modo tal, que quizá superan en horror á las mismas descripciones del Dante. La boca de los infiernos, la precipitada marcha de los espíritus que pasan por debajo del Dante y de Virgilio como una tormenta, el vasto y plateado mar de hielo, son otras tantas concepciones donde el lapicero del artista se ha encontrado al nivel de la inspiracion del poeta. Gustavo Doré descuella en lo fantástico; en lo natural su genio encuentra trabas que le violentan.

Excusado es decir que la parte tipográfica de la obra es de lo mas lujoso que se ha visto. En cuanto á la traduccion, está hecha con una fidelidad escrupulosa por M. Fiorentino.

M. Gustavo Doré que ha sido condecorado con la cruz de la Legion de Honor por la ilustracion de esta obra, se halla á punto de hacer un viaje á España para emprender bajo iguales condiciones la ilustracion de *Don Quijote de la Mancha*. Como españoles tenemos un verdadero placer en aplaudir la idea, y deseamos al artista francés un acierto igual al que ha tenido para comprender al gran poeta italiano.

Dos palabras tenemos que decir ahora sobre la funcion de la Opera Cómica del juéves 19 de setiembre. M. Roger, el inolvidable tenor de este teatro, daba en esa noche una de las representaciones extraordinarias para que ha sido ajustado este verano, y cantaba el acto segundo de la *Dama Blanca*, que ha sido y será siempre la pieza principal de su repertorio, aquella que consagró su fama y la sostendrá mucho mejor

que todas sus recientes creaciones de la Grande Opera. Con esto decimos lo suficiente para consignar aquí que estuvo inimitable, y que la concurrencia creyó asistir á uno de sus grandes triunfos de hace doce años. Madama Ugalde le secundó admirablemente, y compartió con él los aplausos de que no se mostraron avaros los espectadores.

Pero, el atractivo principal de la funcion, sobre todo para los españoles que llenaban en gran parte el coliseo, fué un intermedio musical en el que se dió á conocer en Paris una de las principales artistas de la Zarzuela de Madrid, la Elisa Zamacois, cantando primeramente una composicion del ya acreditado jóven compositor señor Valenti, titulada la *Coqueta*, y luego una de las piezas mas celebradas del maestro Iradier, *Juanita*. Si los artistas españoles que de cuando en cuando suelen aparecer en las escenas parisienses fuesen como la Zamacois, no hay duda que harian honor á los progresos del talento artistico en nuestra patria. Voz suficiente, expresion en el canto, y sobre todo una gracia y una desenvoltura imponderables, tales son las dotes de la Zamacois, que no sin razon disfruta de tanta nombradía en nuestro pais. De una figura distinguida y agradable, nuestra compatriota supo hechizar al público, tanto ó mas que con su canto, con la sal de sus movimientos, con las coqueterías que expresaban su abanico, su mantilla, su basquiña de color de rosa, su pañuelo de maja. El público la aplaudió ardientemente, y nosotros la felicitamos aquí por ese merecido triunfo que ha alcanzado.

MARIANO URRABIETA.

La vida de verano en España.

Á MI QUERIDO AMIGO DON JOSÉ J. VILLANUEVA.

I.

Tenemos merecidamente en el mundo la reputacion de un pueblo independiente. En la fortuna, y cuando nos ha tocado dominar, hemos impreso en la raza venida los caracteres de nuestra raza. En la desgracia, y cuando nos ha cabido en suerte el ser dominados, hemos reivindicado la integridad de nuestra fisonomía histórica y moral. La derrota del Guadalete, la invasion de Bonaparte y el baldon del Trocadero han dejado en el fondo de nuestro pueblo un gérmen de desconfianza y de instintivo rencor contra moros y franceses, que la sabiduría de los gobiernos, los grandes intereses de la nacion y la rotacion de los años y de los sucesos no han podido borrar y destruir de una manera absoluta. ¿A dónde va á parar, sin embargo, toda esta altiva y toda esta libre independencia cuando se trata de seguir los caprichos de la moda? Lo que no pudieron conseguir aquellas legiones invencibles del gran Napoleon que arrollaron á toda Europa, lo consigue hoy esa deidad caprichosa, insinuante, irresistible, que tiene su trono en Paris, á quien levantan templos en todas las regiones del mundo, y cuyos adoradores se cuentan por millones de millones de seres humanos. ¡Oh! Si algo pudiera modificar nuestras costumbres, alterar nuestra fisonomía propia, borrar los rasgos de nuestro carácter, no podría ser otra cosa sino esa misteriosa corriente que viene del lado de los Pirineos, que ha empezado por influir en las clases altas, que ha invadido despues las regiones medias de España, y que quizás, y aun sin quizás, se observan ya síntomas de que empieza á subvertir y á minar, acaso en lo mas fundamental y en lo mas grave, las últimas capas sociales de nuestro pueblo.

La moda nos lleva al extranjero. Tenemos un gusto y consideramos como un deber en pensar, en sentir, en hablar, en vestir como nuestros amigos los franceses. Somos el eco de Paris. Si dejara de existir la capital de Francia, clases enteras de nuestra sociedad perderian su manera de ser, como dejaria de brillar la luna si llegase á oscurecerse el sol. Abdicamos nuestra autonomía en aras de la moda. Las costumbres parisienses nos desnacionalizan. Hay en el verano, sobre todo, una caravana de expedicionarios que menosprecian á una patria que no conocen, salvan los Pirineos para importarnos algo de las costumbres extranjeras de que harán vanidosa ostentacion en el inmediato invierno. Compadecido de todo corazón á esos ilustres apóstatas de su propio pais, que es uno de los paises sobre quien descendió en el principio de las cosas terrestres la bendicion del cielo, y que continúa siendo de los mas bellos que se cuentan en el mundo.

Y bien son dignos de piedad esos desertores de la patria.

Van á admirar bellezas ó ruinas históricas, y los que se paran extasiados ante Nuestra Señora de Paris, no han otorgado quizás en su exquisito gusto y en su suprema sabiduría una mirada de indiferencia al acueducto de Segovia, á la Alhambra de Granada, á la antigua mezquita de Córdoba, al alcázar de Toledo, á esa infinita variedad de catedrales encargadas de transmitir á las generaciones futuras la fe de nuestros padres, monumentos, mutilados unos, otros enteros, grandiosos todos, que reflejan magníficamente al través del tiempo la augusta alteza de tres grandes civilizaciones, la civilizacion romana, la civilizacion árabe y la civilizacion católica.

Han oido celebrar las orillas del Rhin, los bosques de la Bélgica, las márgenes del Escalda, la agreste belleza de los Alpes, la espléndida vegetacion de la Italia, los lagos y las montañas de la Suiza, y allá van, girasoles de la moda, sin haber saludado antes las márgenes encantadas del Guadalquivir que arrebatan á Byron, la lozanía y esplendor de nuestra poética Andalucía que exaltaban á Victor Hugo, las montañas ciclópeas del

Montserrat, los vírgenes bosques de Liébana, los oasis de Galicia y Asturias, los valles siempre verdes y encantados de la montaña cantábrica, los rincones olvidados, pero llenos de poesía, de nuestra querida España.

Yo lo sé. Nosotros los españoles visitaremos nuestra casa cuando los extranjeros vengan á enseñarnos las magnificencias que en ella guardamos. Llegará un dia en que la corriente de los demás paises tomará la direccion del nuestro, cansada ya de unos mismos sitios y de unas mismas bellezas. El ansia de nuevas emociones en la Europa rica, el sentimiento de monotonía respecto de lo antiguo y el misterioso encanto de este pais virgen, tan poco conocido y tan grandemente calumniado, que se extiende mas acá de los Pirineos, serán nuestra salvacion. Entonces, arrebatados por el ejemplo extraño, aprenderemos á valorar las joyas y las bellezas propias.

Los extranjeros construyen y explotan nuestros caminos de hierro, los extranjeros benefician y tienen acaso en su poder nuestras grandes y pequeñas industrias. Ellos se irán extendiendo mas y mas por nuestro pais. Ellos establecerán en los bellos y olvidados rincones de nuestra península la comodidad y el recreo que echamos de menos y que nosotros no somos capaces de establecer, ni aun atraídos por el cebo de una ganancia segura. Ellos en fin, que están despertando á la España moderna, nos enseñarán á admirar las magnificencias de la España antigua y las eternas bellezas de su privilegiado suelo.

II.

Llevo el culto de mi pais hasta la supersticion. No he querido ni quiero visitar el extranjero sin conocer antes por completo á España. Ya la he visitado casi en todas sus provincias: faltábame conocer tan solo la parte setentrional, y ahora la estoy recorriendo. Realmente no hay época mas á propósito para ello, porque el verano se pasa aquí entre delicias.

Estamos en la época de los baños de mar. La moda, — ¡siempre la moda! — empuja con este objeto tambien hácia el extranjero á nuestra buena sociedad. Necesita las aguas de mar, y el mundo elegante se dirige á Biarritz, playa estrecha, quebrada y peligrosa, en donde revueltos y confundidos se bañan ambos sexos, olvidándose de toda nuestra costa cantábrica, desde Galicia hasta las provincias Vascongadas.

He recorrido casi todos los puertos de la provincia en donde accidentalmente me encuentro, y en todos ellos ha establecido la naturaleza extensas y apacibles playas. Santander, el Astillero, Laredo, Santoña, Gomillas, Suances, Virarcos, San Vicente de la Barquera, son sitios deliciosísimos para la temporada de baños, batidos por el mar, hermoseados por las montañas, favorecidos por una lozana vegetacion, por una temperatura agradable, por aires puros, por mil paisajes pintorescos. Allí se respira el oxígeno de la vida: allí se dilatan y se estremecen los pulmones de puro placer: allí se esponja y se refresca el alma, que revolotea alegremente dentro del cuerpo como los pájaros al anunciarse la primavera. Enfermos de cuerpo y alma, venid aquí, que aquí encontrareis el elixir de la salud y el secreto de la paz del espíritu.

En donde menos podia esperar, me he encontrado siempre un trato adorable, los encantos reunidos de la naturaleza y de la sociedad. Ya casi en el límite de la provincia de Santander y confinando con Asturias, hay un pueblo encerrado entre montañas que se abren hácia el mar para formar una hermosa y extendida playa, casi á cuyos bordes se cultivan grandes plantaciones de maiz que ostenta gallardamente su fecundo fruto escondido entre las verdes hojas. Ese pueblo es Gomillas, al cual han dado reputacion sus minas de calamina, explotadas en grande escala por el extranjero. Me detuve un dia tan solo, y por la noche asistí á una reunion de lo mas agradable y distinguido que puede apetecerse. Allí se habló, se bailó, se cantó; allí habia el buen tono de las primeras reuniones de la corte; allí se encontraba gente de todas partes, de Paris, de Lóndres, de Madrid, de Santander, de Valladolid; pero casi todos arrancaban de aquel olvidado lugar, al cual se encaminan en el verano para saludar el techo paterno, como quien asiste á una piadosa romería. ¡Santa y bendita costumbre que contribuye no poco á conservar las virtudes del alma en medio de las borrascas que azotan la existencia!

Hoy vivo en el pueblo que da nombre al valle mas abierto, mas extendido y mas fértil quizá de todas estas comarcas, es el valle de Torrelavega. Bñale el torcido y trasparente Besaya; cúbrele una inmensa alfombra de terciopelo verde, y sobre él se levantan de trecho en trecho blancas casitas como las palomas que se posan entre los árboles. Quizás hay demasiado horizonte, y por lo mismo demasiada luz en este hermosísimo valle, pero el alma le saluda al salir de los angostos desfiladeros de las Caldas, con aquel estremecimiento de júbilo con que segun nos dice la Biblia, saludaron los hebreos desde las montañas vecinas las fértiles y encantadas campiñas de la Tierra de promision.

Yo debo confesar que nunca he sentido tan tranquila mi alma como en la aldea. Yo debo decir que la hora del crepúsculo, hablemos mas cristianamente, la hora de las oraciones, tiene aquí un encanto indefinible. ¡Qué serenidad en el cielo! ¡Qué paz en el alma! ¡Qué tranquilidad en la tierra! ¡Qué belleza en el campo! ¡Qué solemnidad en la naturaleza!

No hace aun muchas tardes hice yo con varios amigos una expedicion á caballo á las montañas mas elevadas de estos contornos. Nos retirábamos cuando estaba

agonizando la tarde, en esa dulce hora llena de misterio y de poesía,

La hora de los recuerdos inmortales,
De los vagos anhelos infinitos,
En que se alzan cual ecos funerales
De las ruinas del alma, extraños gritos.

como ha dicho un amigo mio, el poeta Alarcón. La conversacion se habia agotado, ó cada cual se hallaba sumergido en la ola de melancolía que aquel momento solemnemente depositaba en nuestro espíritu. Atravesábamos un pequeño monte, y el ruido de las aguas nos anunciaba la proximidad de Besaya. Apenas traspusimos el rio, hirieron nuestros oídos las armonías de un piano. Hay pocas cosas en el mundo que electricen mas que la música en el campo, en la soledad y en medio de la noche. El viento nos traia las notas patéticas de una agonía terrible, la agonía de *la Traviata*; aquella plegaria desesperada que empieza

¡Gran Dio! morir si giovane...

que me recordaba el piano, me llenó de tristeza. ¿Era un alma que se ahogaba en el campo? ¿Era simplemente simpatía hácia el infortunio del vicio, popularizado en toda Europa y en el mundo por el genio de Verdi, ese Victor Hugo de la música? Yo no lo sé: allá en las ondas del Besaya se sumergieron las últimas notas del fúnebre retorneo y el secreto de la artista.

III.

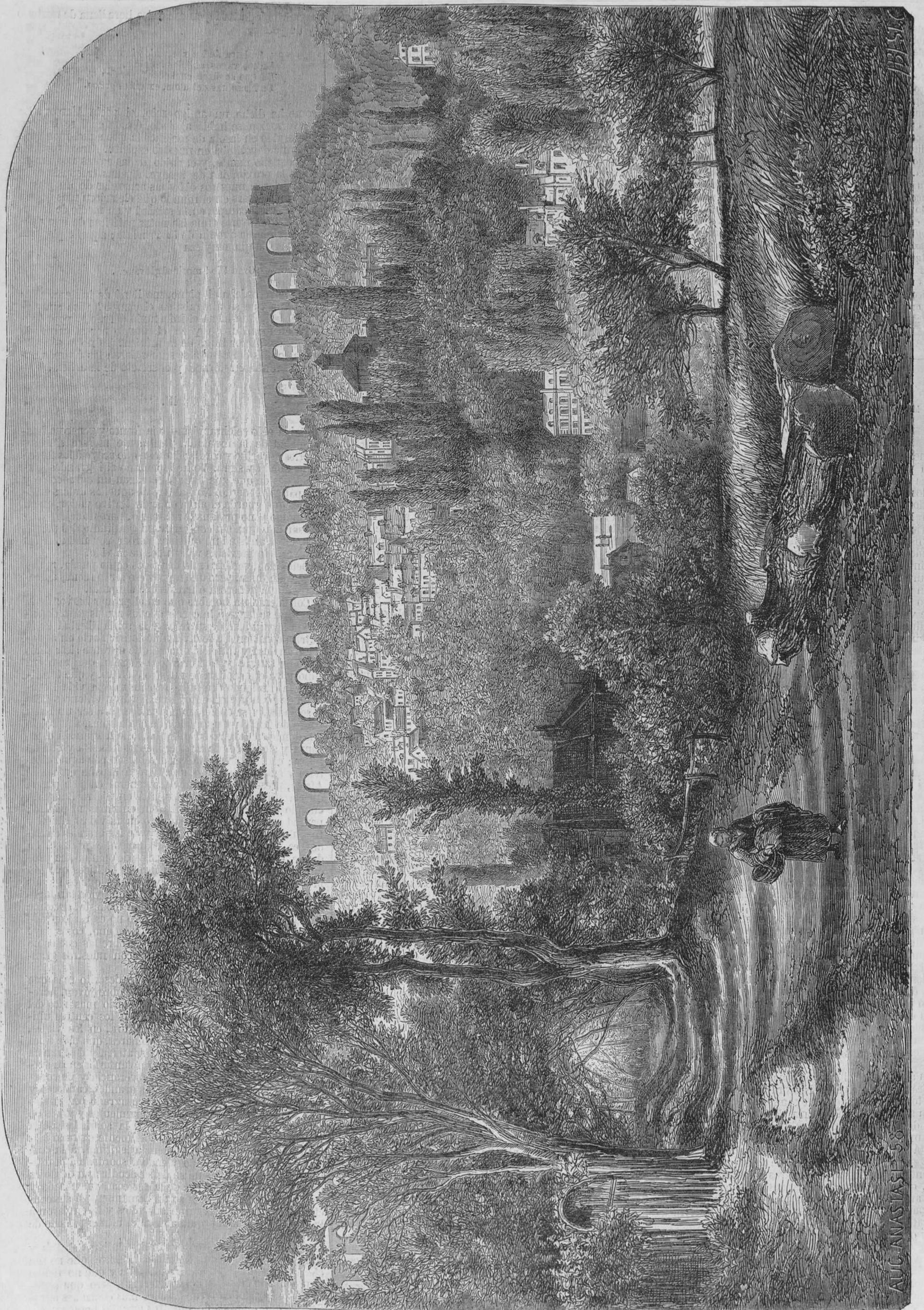
Habia oido celebrar siempre la franca y generosa hospitalidad de la montaña. Realmente merece sinceros elogios el cariño y cordialidad con que acoge á los forasteros que la visitan. Yo he alcanzado allí grandes distinciones de que guardará mi corazón un agradecido y simpático recuerdo. No hablaré de aquellas dulces emociones que guarda el alma en su instintivo pudor, en su escondido y no profanado santuario, pero no dejaré descansar la pluma sin consignar mi gratitud á dos personas, cuya amistad no quisiera perder por nada en las bruscas é imprevisitas vicisitudes de la vida.

Dejadme describir estos dos tipos como pueda, malamente sin duda, pero que no por eso serán menos acreedores á una generosa é irresistible simpatía.

Considerad un hombre que en el primer hervor de la juventud se lanza á la carrera de las armas para defender la legitimidad de su reina y la santa libertad de la patria; consideradle todavia niño tomar parte en aquella grandiosa y fratricida lucha que durante siete años llenó de sangre y horror á toda España, que aun era niño y ya era capitán de nuestro ejército, y que terminada la contienda dinástica se cansa de la vida licenciosa de pronunciamientos que llevaron entonces jefes y soldados, y se encierra en su aldea para ser un buen padre de familia y un modelo de ciudadano, acudiendo allí donde su deber ó su patriotismo le llaman sin esperanza y sin deseos de medros, que no necesita y que no busca; consideradle otra vez arrebatado por aquel eléctrico y sublime impulso que llevó á España entera al Africa, presentándose á nuestro general en jefe por si queria utilizar sus servicios, allá en Sierra-Bullones, cuando el cólera nos azotaba sin entrañas ni piedad; pensad que ese hombre, educado en la vida agitada y turbulenta de los campamentos y de las grandes ciudades, es hoy el alcalde oscuro de un valle pacífico, en donde, si pueden existir diferencias de opinion, ha procurado que no asomaran esos furores políticos que son la epidemia cruel de la corte, y despues que os hayais hecho cargo de las circunstancias de una vida tan laboriosa, tan digna, tan honrada y tan modesta, decidme si la persona de quien os he hablado no es un honrado padre de familia y un perfecto ciudadano, cosas ¡ay! que se enlazan tan íntimamente, y sobre las cuales no se muestra la opinion muy severa con nuestros grandes y renombrados republicos.

He hablado de dos tipos y no he descrito mas que uno. Vayamos al segundo. Es un hombre jóven, heredero de una gran fortuna, el propietario mas rico del delicioso valle de Reocin, formado en los centros universitarios, en el estudio, en la lectura, en los viajes, providencia de los pobres de su comarca, que pide á los adelantos de la agricultura de Inglaterra y de Francia sus nuevos procedimientos para implantarlos en su suelo natal á fuerza de paciente perseverancia y de constantes dispendios; educado en las grandes capitales y encerrado en su aldea, jóven y consagrado por entero á su familia, conocedor de los refinamientos y goces de nuestra civilizacion y viviendo en la sobriedad de la vida de campo, permaneciendo totalmente extraño á la política y teniendo una influencia legitima, á la cual apeló solo una vez cuando viendo desbordada á la última revolucion, creyó de su deber acudir aun desde su oscura esfera á la defensa de la sociedad amenazada y removida en sus bases, hizo un llamamiento á sus conciudadanos que le otorgaron sus votos y le enviaron á la capital de la monarquía allá en el último período de las Cortes constituyentes.

Esos dos hombres se llaman don Julian Ceballos y don Manuel Gonzalez Bustamante, nombres que no son ciertamente muy conocidos en España y que no tienen la pretension de pasar á la posteridad, pero que seguramente dejarán en torno de ellos mas corazones agradecidos que algunos de nuestros grandes hombres, espanto de los gobiernos, glorias de la política ó de la



EL ACUEDUCTO DE MARLY.

AUG. ANASTASE 58



VERSALLES. — EL BOSQUE DE APOLO.

AUG. ANASTASI 58

tribuna, y que semejantes á los cometas de siniestro resplandor, dejan muchas veces una huella triste y lamentable sobre el país de su funesta celebridad.

Agitáranse los hombres honrados de las aldeas y de las provincias para hacer el bien, como las ambiciones desordenadas se agitan casi siempre para hacer el mal, no se contentaran con acompañar simplemente con sus estériles ó inertes simpatías á los gobiernos que sirven los grandes intereses de la nación, no olvidaran que un solo malvado que grite hace mas ruido que cien hombres honrados que callan, y entonces fueran menos temibles el vicio, la osadía y el cinismo de los grandes pecadores políticos.

IV.

No queria yo encaminar mi razon por este órden de consideraciones. Decia un gran lírico contemporáneo:

Yo, que mi negra cítara de hierro
Contra las rocas sacudí en pedazos,
Cuando estrechase de mi ser los lazos,
En el placer de la creacion sentí.

Yo, entregado en los brazos de la madre naturaleza, no quiero deshacer en menudos fragmentos la pobre lira con que allá en mi niñez he cantado mis tempranas alegrías y mis precoces desventuras, pero quiero olvidar la encenagada ó candente política, la vida de la córte, las borrascas de la prensa, los pugilatos del parlamento, y no tener imaginacion, entusiasmo, sentimiento y corazon, sino para estos valles, para estas montañas, para este cielo, para esta naturaleza magnífica y espléndida, recreo y alegría de mi alma.

Cuando en uno de estos últimos dias, invitado por uno de los señores que antes he indicado, el señor Bustamante, visité el variado y amenísimo valle de Recocin, yo experimenté una de las emociones mas dulces y placenteras de mi vida. Un limpio y hermoso sol brillaba la naturaleza, los campos estaban en toda la fuerza de su lozana vegetacion, una brisa suave refrescaba y embalsamaba la atmósfera, lucian los montes el bello ropaje de su verdura, multitud de pueblos se extendian por la llanura, mas allá se veian otros valles no menos bellos por entre las abiertas montañas, Cabuerniga, Cabezon, las alturas de Potes, en último límite las peñas de Europa, que son las que primero saludan el marino desde las soledades del Océano al regresar á la patria, y cerrando este magnífico panorama, esta desvanecedora perspectiva, el mar con su eterna belleza y con su abrumadora majestad.

Mi compañero gozaba tanto como yo en la inefable contemplacion de esta naturaleza. Los labios callaban; pero nuestra pupila recogia avaramente aquellas bellezas y aquellos paisajes.

El día del último eclipse, me dijo mi compañero, al ver la densa y opaca noche á mi izquierda, y á mi derecha ese paisaje divino iluminado por los hermosos rayos del sol, creia tener á un lado el infierno con sus abismos y al otro la gloria. Allí, allí, añadió con entusiasmo creciente y señalándome el valle querido, miré yo aquel día para ver si encontraba los hijos que Dios me había llevado. ¡Bellas palabras en que el dolor del padre se desahogaba con mas poesía que el entusiasmo ó la admiracion del poeta!

Pronto abandonaré la montaña. Son estas las últimas líneas que la dedico. Nunca olvidaré, sin embargo, el recuerdo que ha dejado en mi corazon. Yo he aprendido á amar la naturaleza de este hermoso país, y este santo amor es un manantial de alegrías purísimas y el consuelo infalible de todos los infortunios. ¿Podria yo olvidar este amor que no teme las ingratitudes?

CÁRLOS NAVARRO.

Torrelavega 27 de agosto de 1861.

Tristeza y alegría.

I.

Sobre la falda airosa
De la montaña agreste,
Al rayo misterioso
Del alba que amanece;
Temblando sobre el aire
La frágil niebla tiende
Sus húmedos celajes
Mas blancos que la nieve.

II.

La luz al verla, lanza
Miradas impacientes,
Y trémula en ansiosa
Curiosidad se enciende;
Y penetrando en ella
Porque alegrarla quiere,
En nube de oro y rosa
Ufana la convierte.

III.

La triste niebla esparce
Pomposa y lentamente
Las caprichosas ondas
De sus revueltos pliegues;
Y deja que brillante
Sobre su manto leve

Del alba cariñosa
La claridad refleje.

IV.

Así la luz que el cielo
En tu pupila enciende
Con sonrosadas nubes
Mis sueños embellece;
Así de tus miradas
A la luz inocente,
Mis tristes pensamientos
Esperanzas se vuelven.
Tus ojos son del alba
La luz, pura y alegre.
Deja que en mi tristeza
Su claridad refleje.

JOSÉ SELGAS.

La hoja del yagrumo.

TROVA PUERTO-RIQUEÑA.

Yo ví los ojos negros
De una trigueña
Cuando iba hácia los montes
A cortar leña.
¡Ojos de fuego!
Sentí que me dejaban
De amores ciego.

Seguí triste y turbado
Por mi camino,
Dejando á mis espaldas
Perdido el tino;
Sin pensamiento,
Como la hoja que lleva
Volando el viento.

Llegado que hube al monte,
Me eché en el suelo
Al pié de la arboleda
Que cubre el cielo,
Y allí en la calma
Busqué paz y contento
Para mi alma.

Y era la primer hora
De hermoso día,
Mil pájaros la daban
Su melodía;
Y suspirando

Vagaban por los aires
Su amor cantando.

A la par que un pintado
Bello sinsonte,
Risueña flor del aire,
Cantor del monte,
Con voz parlera

Dió comienzo á su trova
De esta manera:

Escuchad, pajaritos,
Que amais cantando,
En todos los arbustos
Fieles parando,
No en el yagrumo
Vuestro vuelo poseis:
Su amor es humo.

Escuchadme la historia
Que he de cantaros,
Y su ejemplo os enseñe
De él á alejaros,
Y con cautela

A correr tras la dicha
Que el alma anhela.
Aunque es bella y lozana
La flor de amores,
Tiene crudas espinas
Cual otras flores;
Si teneis dudas,
Probadlo, y sentiréis
Penas agudas.

Que la hembra al varon dice,
Y él á la hembra,
Guay de aquel que en vosotros
Cariños siembra:
¡Pobres humanos,
Se olvidan de que todos
Nacen hermanos!

Hubo un tiempo, avécitas,
Que dos amantes
En su amor se juraron
Vivir constantes;
Y de sus almas
Los votos presenciaron
Ceibas y palmas.

Poco tiempo vivieron
Los dos amados

Sin que su ser turbasen
Fieros cuidados,
Porque la ausencia
Muy presto vino á herirles
Con su inclemencia.
¡Contratiempo maldito!
¡Ausencia cruda!
Que pensar y aficiones
Traidora muda;
Los dos mudaron,
Y su amor y suspiros
¡Ay! se olvidaron.

Amor por castigarles
Su falta insana,
Convirtió en vanos leños
Su forma humana;
Y fué el yagrumo
La forma que tomaron,
Segun presumo.

Mirad cómo sus hojas
El viento leve,
Sin cesar, de continuo
Las cambia y mueve;
Y el tronco ufano
Un corazon encierra
Frágil y vano.

Que en los campos reinaba
Perseverancia,
Y solo entre los hombres
Vivia inconstancia;
Y la trajeron,
Y las plantas y flores
La conocieron.

Desconfiad del yagrumo,
Que en los amores
La confianza mas ciega
Cuesta dolores;
Y al soplo leve
Del yagrumo la hoja
Se cambia y mueve.

Terminó así el sinsonte
La trova grata,
Y alejóse volando
De mata en mata;
Y pensativo,
A cortar yo mi leña
Comencé activo.

Y á los golpes de mi hacha
¡ay! repetía:
Guarda tus negros ojos
Trigueña impía.
¡Ojos de fuego!
Volvedme mis amores
Que no estoy ciego.

Y á los golpes de mi hacha
De esta manera
Derramaba mis ayes
En la pradera;
Y así cantando
Llegó la tardecita
Solaz brindando.

Carguéme pues mis haces
Sobre la espalda,
Y en pos de mi casita
Trepé una jalda,
Do hallé muy luego
A la hermosa trigueña
De ojos de fuego.

La mujer es yagrumo
Cuya hoja aleve
El mas ligero soplo
La cambia en breve,
Y así diciendo,
Yo pasé sin mirarla
De amor huyendo.

EL BARDO.

Mas luego pasó el tiempo,
Y en cierto día
El leñador airado
Ya no la huía;
Y del sinsonte
Por no oír los cantares,
No volvió al monte.

La trigueña era hermosa,
De ojos de fuego,
Y él con ciegos amores
Volvió á estar ciego;
No vió que aleve
Del yagrumo la hoja
Se cambia en breve.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Puerto Rico.

CLARISA.

(Conclusion.)

VI.

Al otro día Edward entraba en su casa á una hora inusitada para leer un billete que Clarisa le habia entregado.

Hé aquí su contenido :

« Nuestro destino va á cambiar con una palabra, sir Edward, y soy yo quien la digo: — Os devuelvo vuestra libertad.

Que esta palabra sea sobre este punto la última, así como es la primera entre nosotros. Sé que sois amable, y nada tengo que temer de las cuestiones secundarias que podrian suscitar. Los sueños suceden á los sueños sin parecerse en nada; el que yo habia hecho en Nueva York ha debido cambiar en Niza.

CLARISA. »

Cuando acababa de leer esta carta entró Raul. Agitado por un sentimiento á la vez penoso y alegre. Edward le presentó el papel.

El oficial le echó una ojeada, se retorció el bigote y exclamó:

— No esperaba yo menos.

— La idea es célebre, repuso el inglés picado; yo que soy bastante perspicaz no habia previsto nada.

— Amigo mio, perdónanos, dijo Raul con una fatuidad tan admirable, que Edward no pudo menos de sonreirse.

El uno demostraba demasiada sinceridad y convicción en sus reticencias para que el otro no diera crédito á su palabra. Un poco por amor propio y mucho por discrecion, Edward no hizo preguntas, pero tendiéndole la mano cordialmente le dijo:

— No te disculpes, Raul... puedes haberme sido en todo esto de una grande utilidad.

— ¿Eh?

— No hay duda que Clarisa es una jóven adorable. La he amado con pasion, y el año último te habria hecho pagar muy caro tu triunfo. Pero un dia, yo soy algo poeta, comencé á olvidar á la mas hermosa de las mujeres para enamorarme de un ángel...

— Deja la metáfora; ¿quieres hablar de miss Olga?

— Fácil es de adivinar.

— Seguramente; pero como tú dices, esa preciosa criatura solo puede enamorar á un poeta. Lo que es para mí, profano, filósofo de la mala escuela, como tú dices, amigo de la realidad, en una palabra, miss Olga es una maravilla demasiado delicada, que yo no me atreveria á tocar.

Estas confidencias fueron provechosas para entrambos. Edward exigió á su primo la promesa de que no revelaria á nadie aquel secreto que debia estar oculto algunos dias en razon á varias circunstancias, y luego la conversacion tomó el tono mas expansivo é íntimo.

— Las cosas no pueden ir mejor, dijo Raul al despedirse. Para vosotros dos es una cuestion de tiempo. Hé aquí la hora en que Clarisa se pasea bajo los árboles del parque, encantadora invitacion que hasta hoy la lealtad me habia prohibido comprender. Hasta la vista, amigo mio; tengo para mí que me está esperando.

— No habria creído nunca que Clarisa fuese capaz de amar á un necio, murmuró Edward picado por haber recibido tan bruscamente la libertad de la hermosa criolla.

VII.

Del valor de Clarisa para no descubrir nada y de la fatuidad de Raul resultó una situacion inevitable. Olga se habia encargado de declarar la *verdad* á los padres de Clarisa, lo que fué una pequeña peripecia de teatro. El padre y la madre estupefactos interrogaron á su hija, quien despues de haber declarado con resolucion que renunciaba al proyectado enlace, no quiso responder á ninguna pregunta. Su silencio y su turbacion acerca de tan extraño capricho justificaban las pretensiones de Raul, y hasta hubo una entrevista entre este último y los padres de Clarisa entonces muy severos, en la cual el oficial de dragones, oponiendo á las reconveniones las flores de su elocuencia amorosa, solicitó una respuesta que solo obtuvo en términos muy vagos.

En cuanto á Edward, habia facilitado la penosa embajada que debian llenar cerca de su persona provocándola él mismo; mostrando en esta ocasion una emocion y una reserva muy sinceras, anunció que saldria de Niza al dia siguiente.

Todo esto habia pasado con tanta rapidez que nadie tuvo tiempo para ver la verdad allí donde se encontraba; así como tampoco comentaron el acaso de una entrevista en el jardín entre Olga y Edward en la mañana de la salida de este.

Por último, si el repentino restablecimiento de Olga llenó de alegría á todos, nadie sospechó cuál era la causa, y miss Cornely pudo atribuirle impunemente á sus cuidados farmacéuticos.

Raul de Chastenay que habia persistido en prolongar su residencia en Niza, hizo aun algunas visitas á la casa; pero su presencia molestaba de tal modo á la jóven, que manifestó el deseo de dar una vuelta por la Italia.

El padre accedió gustoso á satisfacer este capricho, porque creia en la nueva pasion de su hija, y la ausencia le parecia prudente y oportuna. Los preparativos del viaje no fueron largos, y la familia americana salió de Niza por algunos meses.

VIII.

Seis semanas habian trascurrido despues de estos sucesos, cuando apareció de nuevo en la casa Edward Lawingston.

Miss Cornely que habia conservado mucha simpatía por el amable jóven que la dió conversacion en el baile, soltó á su vista una exclamacion de júbilo; lord Windsheim que no tenia con quien jugar al ajedrez, le alargó entrambas manos, y Olga se puso encarnada como la grana.

La jóven se encontraba ahora rebosando salud, y Edward lo observó con alegría. En respuesta á la observacion, miss Cornely improvisó un discurso sobre la eficacia de la leche de burra.

Es de suponer que Edward y Olga no tuvieron la misma fe en este último remedio, pues aquella misma tarde confiaban el mal que les aquejaba á su respetable tia.

— Pero es imposible, exclamó en el colmo del asombro; Olga es una niña; no se puede casar ahora.

Y como Edward sostenia lo contrario, ella prosiguió diciendo:

— No veo yo la necesidad de que se case. Mi hermano y yo somos muy dichosos; ¡qué seria de esta criatura en las dobles funciones de esposa y de madre!... Y luego, nadie mas que yo podria cuidarla.

Edward tuvo miedo al oír el tono exclusivo de miss Cornely; pero la jóven tranquilizándole con una sonrisa se arrojó al cuello de su tia y la confesó en voz baja que « no habia sido la leche de burra, sino la esperanza de ver á sir Edward la que la habia sanado, y que si debia marcharse otra vez, ningun remedio la impediria morir. »

No trataré de pintar la estupefaccion de la casta Cornely al oír esta declaracion bien natural y bien sencilla. Jamás se le habia ocurrido la idea de amar á un hombre, y consideró á su sobrina con ojos tan espantados, como si hubiese asistido á una metamórfosis.

Lord Windsheim, una vez enterado de la cuestion, comprendió á los amantes con mas inteligencia; y como el nacimiento, la fortuna y la posicion de Edward no dejaban que desear ninguna cosa, respondió que con tal de que sir Lawingston no se llevase á su esposa y se comprometiera á jugar todas las noches al ajedrez, él consentia en todo, aun en volver á Inglaterra, adonde el jóven debia regresar en breve por razon de su servicio.

Miss Cornely acabó este memorable dia en una profunda meditacion relativamente al amor y á las drogas. Durante largo tiempo se preguntó cómo el amor podia reemplazar á los medicamentos; pero Edward que adivinó su idea, entró en unas demostraciones tan lógicas y tan ardientes, que al fin la solterona se vino á rendir con todos sus escrúpulos, y Olga quedó solemnemente prometida al afortunado Edward.

IX.

Mientras Olga renacia á la felicidad, Clarisa recorria la Italia. Como lo habia presentado, su enérgica naturaleza lejos de aniquilarse en el dolor, se hacia con él mas grande y fuerte, y es seguro que no habria querido cambiar las amargas voluptuosidades y las sombrías delicias del recuerdo por la monótona inercia de un corazon vacío.

Dotada de un alma poética, en todas las cosas hallaba poesia. Si las obras maestras de la pintura y de la escultura, las ruinas, los palacios y los sitios grandiosos tenían para ella un místico lenguaje, teníanlo tambien una choza, un arroyo, una yerbecilla. Siempre al volver los ojos hallaba un horizonte.

Se complacia en entrar á rezar en las capillas de los conventos; el aire monástico tranquiliza al alma, y la voz del órgano la arrebató en corrientes de paz divina que la dan nuevo temple y la trasforman.

En oposicion á estos momentos de reposo desplegaba una actividad febril de cuerpo y de espíritu.

— ¡Vamos á Florencia, vamos á Venecia y á Roma! exclamaba la insaciable viajera.

— Bueno es que un anciano se apresure á ver, la decia su padre que accedia á todos sus deseos; pero tú, Clarisa, ¿tienes tantos años de vida!

A esta observacion la jóven se sonreia vagamente y aceleraba la marcha.

Como se lo habia prometido, Clarisa tenia á su prima al corriente de su viaje, á fin de que no se interrumpiesen sus relaciones.

Las primeras cartas de Olga no contenian ninguna alusion al pasado; pero al fin llegó una que hizo palidecer á la pobre Clarisa.

« Mi querida prima, la decia Olga, ¿porqué te vas tan lejos? Hace ya tres meses que estás viajando. ¿Qué fiebre te devora? Supongo que no son tus buenos padres los que te hacen correr de esa manera.

Y sin embargo, aquí eras dichosa. ¡Qué abismo es tu corazon! Echas abajo un ídolo para elevar otro que parece olvidar inmediatamente. Al menos ten compasion de Raul; te ama y no habla mas que de tí en sus cartas á sir Edward.

Ya me parece oír que me preguntas: « ¿Dónde ves tú á sir Edward y qué quieres decir? »

Clarisa, ha llegado el momento de abrirte mi corazon. ¿Te acuerdas de mi confidencia al otro dia del baile?... Mi desconocido era Edward.

Hoy que libremente has renunciado á él puedo decirte: el verle unido á otra, aun cuando hubiese sido á tí, hubiera causado mi muerte.

He padecido tanto mas, cuanto que tenia como un

remordimiento de amar al hombre que parecia habias elegido. Sin embargo, ¿era yo bien culpable? Antes que hacerte traicion me habia decidido á morir.

Pero no hablemos del pasado. Tu amor era ilusorio... Dios habia resuelto que yo viviria... Rechazado por Clarisa, ha venido hácia mí guiado por un instinto secreto, ó mas bien por la mano de Dios. Dentro de quince dias seré su esposa...

Quizá no me habria atrevido á confesarme tan francamente, si no supiera que posees un fondo inagotable de generosidad. Una mujer vulgar al olvidar á un hombre á quien no ama, le hace sin embargo un crimen de que se consuele con el cariño de otra. Contigo me sucederá lo contrario, y tú me darás las gracias por haber reparado el mal.

¿Estás esperando, niña caprichosa, que te hable de Raul? Pues si es así, chasco te llevas. Si quieres noticias ven á buscarlas. No obstante, quiero decirte que conserva esperanzas y declara que tú eres su único porvenir.

Vuelve pues, ya que todos lo deseamos. No puedes temer la vista de Edward; Raul estará presente.

Es un hombre muy recomendable. Es hermoso sin serlo demasiado; tiene alegría, gracia y mucho corazon; quizá posee una excesiva confianza en sí propio; pero ¿no tiene Edward el defecto contrario, el de no creer lo bastante en los demás?

Disfruto de una salud envidiable. Miss Cornely comienza á creer en el omnipotente remedio del amor; pero ¡ay! el amor podria tambien dar la muerte... Por fortuna el PENSAMIENTO eterno que preve todas las cosas, vigila sobre nosotros y dispone de nosotros sin que lo sepamos. Mientras pensabas tú en la llegada de tu novio y yo corria al baile sin pensar en nada, se cumplian nuestros destinos.

OLGA. »

Esta carta en que se pintaban los sentimientos de una angelical criatura, fué horrible para Clarisa, y la noticia que habia esperado de hora en hora, la dejó petrificada un instante.

— ¿Qué te dice tu prima? la preguntó su madre.

Clarisa alargó la carta maquinalmente.

Al recorrerla la madre se puso muy seria, y sin pronunciar una palabra se fué á buscar á su marido.

Para entrambos fué una revelacion. De repente recordaron mil circunstancias, mil extrañezas, y comenzaron á volver los ojos hácia la verdad.

— Hay dos probabilidades, decia el padre, pues Raul es bastante diestro para luchar ventajosamente con un novio en el corazon de una jóven.

— No hay probabilidades, lo que hay es el sacrificio de nuestra hija, repuso la madre con un acento de profunda tristeza; Clarisa es demasiado generosa.

La jóven entraba entonces. Aunque se callaron á su vista, ella por la fisonomía de sus padres sacó en claro lo que acababan de hablar.

— ¿Con que nos volvemos á Niza? preguntó sonriendo.

Su madre la tendió los brazos.

— No se engaña así á un corazon maternal, la dijo; ¿Porqué no has tenido confianza en mí, hija mia?

— Clarisa, exclamó el padre, ¿qué ha pasado?

— Nada que no sepais, de veras.

— Hija mia, hay acciones de generosidad que Dios no toma en cuenta por causa de su contrasentido. Olga amaba á Edward, y por ella has fingido un capricho tanto mas inadmisibile, cuanto que conocemos la constancia de tus gustos y de tu carácter...

Clarisa alzando su cabeza de emperatriz romana contestó con orgullo:

— ¿Y si él ya no me amaba?...

— Imposible, dijo la madre con un orgullo no menos digno que el de su hija.

Este movimiento maternal cambió las ideas de Clarisa. Confesar la verdad era entristecer á sus padres, humillarlos y humillarse á sí misma. Ahora bien, como su padre insistia en saber la causa de su renuncia al proyectado enlace, pregunta que ella ya no podia eludir en las actuales circunstancias, les tomó la mano á los dos, y prodigando en su voz y en sus miradas las caricias á que sabia no resistian nunca, les dijo:

— ¿Qué hablais de generosidad mal entendida? No he dicho toda la verdad, perdonadme. Al renunciar á mi casamiento, estaba animada de un deseo secreto, deseo incansante, imperioso, que echa hoy en mí alma tales raíces, que se convierte en ley de mi existencia. El sacrificio no estaba para mí en la ruptura, sino en la union que iba á contraer... Por fortuna conocia vuestra inagotable indulgencia y os confesé á medias mi pensamiento. La hora ha llegado, añadió replicante y confusa, en que debo confiaros toda la verdad...

X.

Rayaba el alba y la naturaleza dormia aun cuando Olga abrió su ventana para respirar los perfumes de la noche.

Si la casa hubiese sido un negro castillo feudal, el aldeano ó el poeta hubiese podido tomar por alguna aparicion nocturna la forma blanca y velada de la jóven á través de las últimas tinieblas y de los vapores de la mañana.

Es que Olga se hallaba ya engalanada para recibir la bendicion nupcial que debia tener efecto á una hora inaccesible para las miradas curiosas. Si hay personas que se complacen en hacer alarde con mucha pompa de

sus satisfacciones de familia, hay otras que desean ocultarlas á los profanos. — Así eran Olga y Edward.

La vispera por la tarde habian cumplido con las formalidades del casamiento civil, y en una capilla vecina iban á recibir la consagracion religiosa.

Ya los caballos estaban prontos, y solo se esperaba á la jóven que habia pedido un instante de soledad.

La mirada de la novia estaba fija en la direccion de la avenida. Impaciente hasta lo sumo, sus labios pronunciaban en todos los tonos el nombre de Clarisa.

Pero miss Cornely incomodada con aquella tardanza apareció exclamando:

— Hija mia, va á pasar la hora, es tiempo de salir.

La jóven siguió á su tia y se reunió con lord Windsheim, Edward y Raul.

Como se tratara de Clarisa entre Olga y Raul, Edward les preguntó con una incertidumbre que no estaba exenta de todo remordimiento, si creian que podia llegar aun.

— Sin duda, afirmó Raul.

— Vendrá por dos motivos, repuso Olga sonriendo; el primero por vos, Raul, y el segundo por mí, pues me lo ha prometido.

Pero la hora pasaba y hubo que ponerse en marcha sin Clarisa.

La nave en donde los novios se arrodillaron estaba muy oscura. Apenas las luces del altar proyectaban en ella algunos surcos luminosos.

Conmovida por el acto que se consagraba, por el lugar, y aun por el silencio que interrumpia por intervalos la voz del sacerdote, Olga levantó los ojos hácia el altar.

Pero ¿era realidad ó ilusion? En uno de los rincones mas oscuros se hallaba prosternada una persona tan blanca y tan inmóvil, que no se habria podido decir si era una mujer ó una estatua.

La luz exterior que penetraba al través de las antiguas vidrieras disipó poco á poco esta primera confusion, y en breve la estatua haciéndose mujer y levantando la cabeza,



NUEVA SINAGOGA DE COLONIA, fundada bajo el patrocinio de M. Abraham Oppenheim, y construida por los planos de M. E. Zwirner, arquitecto de la catedral.

descubrió la hermosa frente de Clarisa.

Tambien estaba vestida de blanco. Su traje, aunque mas sencillo y de pliegues mas austeros, podia figurar el de una novia.

Olga se sonrió y felicitó con los ojos al arrogante alférez de dragones.

— Tambien vendrán aquí como nosotros, dijo la jóven.

De vuelta en casa las dos amigas se abrazaron tiernamente.

— Cuántas gracias te doy, la dijo Olga; has estado en mi casamiento y ahora creo en un porvenir feliz...

— ¿Y vuestros padres, hija mia? preguntó miss Cornely sorprendida.

— Se han quedado en Nápoles y yo me marché al punto con ellos, contestó Clarisa señalando por la ventana una silla de posta que estaba parada á la puerta.

Esta declaracion fué interrumpida por una exclamacion general.

Las preguntas de Olga, las exhortaciones de miss Cornely que no pensaba mas que en hacer casamientos, los ruegos algo tímidos de Edward y las tiernas reconveniones de Raul estallaron al mismo tiempo, y el oficial de dragones acercándose á la hermosa criolla la tomó una mano y la dijo:

— Estas palabras no pueden ser mi sentencia.

Todos habian rodeado á Clarisa.

— Hija mia, repuso lord Windsheim, yo represento en este instante á toda vuestra familia. Os autorizo pues á responder á la pregunta de M. Raul de Chastenay, ya tácitamente comprometido con vuestros padres y aun con vos misma.

Mientras hablaba lord Windsheim, la mirada suave y enternecida de Clarisa no se habia apartado del grupo que formaban Olga y Edward. Pálida, pero serena ante aquella felicidad que ella habia permitido á costa de toda su vida, separó el largo albornoz que la envolvía, y descubriendo un hábito y un rosario de novia, exclamó:

— ¡Adios para siempre!... sed felices.

M^{me} PASCAL DORÉ.



TOMA DE POSESION DE MONSEÑOR CRUCE: SU ENTRADA EN LA IGLESIA DE SAN MARTIN DE MARSELLA.

Timon de fortuna

INVENTADO POR EL CAPITAN MOREL.

Hace pocos dias se ha hecho á bordo del *Java*, buque de 500 toneladas, capitán Fourcade, la prueba de un timon de fortuna cuya idea primitiva pertenece á M. E. Morel, capitán de los aseguradores marítimos de Paris, y las modificaciones á MM. Chaigneau hermanos, constructores de buques en Lormont (Burdeos).

La experiencia tuvo lugar delante de MM. Ireland y J. Civrac, ex-capitanes de buques, de una competencia reconocida. Estos señores, en compañía de MM. Chaigneau, hicieron montar el timon, le hicieron mover en todos sentidos, y luego le desmontaron; examinaron minuciosamente su hechura que les pareció muy sencilla, y la maniobra decisiva, pronta y fácil.

A su juicio, en el caso de pérdida del timon, este aparato podrá hacer grandes servicios á la marina.

Como el nuevo sistema es independiente del timon ordinario, puede aplicarse sin perjuicio de la maniobra de este último.



MONSEÑOR CRUCE, obispo de Marsella.

A. Vara de hierro movable adaptada á la popa del buque por medio de armetas de horquilla, para que se desvie cuando se coloca el timon de fortuna.

B. Collar de hierro en dos partes reunidas al codaste con una clavija de tuerca.

C. Parte superior del timon (madera) con platabandas de hierro *a, b, c, d, e, f, g*, rebajada de su grueso.

D. Parte inferior de hierro batido, formando cola de pescado, aplicándose sobre la parte en madera C, con clavija de tuerca.

E. Aletas de refuerzo longitudinal, reunidas por medio de clavijas con las dos partes del timon.

F. Liston de hierro para impedir que suba el timon y sujetarle.

G. Cadenetas para fijar los aparejos destinados á moverle.

H. Fuertes charnelas del timon sostenidas por clavijas de tuerca.

I. Hebillas que sirven para pegar en un aparejo á fin de poner en su puesto el timon.

J. Manecilla para poner en su puesto el timon.

La vara A tiene 0^m,055 de diámetro, la parte en madera C 3^m,30 de largo, 0^m,65 de ancho, y 0^m,4 de grueso.

D. Plancha de hierro, 2^m,93 de largo, 0^m,65 de ancho en la parte superior, 1^m,00 en la parte inferior, 0^m,01 de grueso.

E. Aletas de refuerzo, 70^{mm} de lado.

F. Liston de hierro de 27^{mm}.

Hay que tener cuidado de presentar el timon de lado, á causa de la inclinacion de la bóveda. Su peso total es de unos 500 kilogramos.

Biografía española (1).

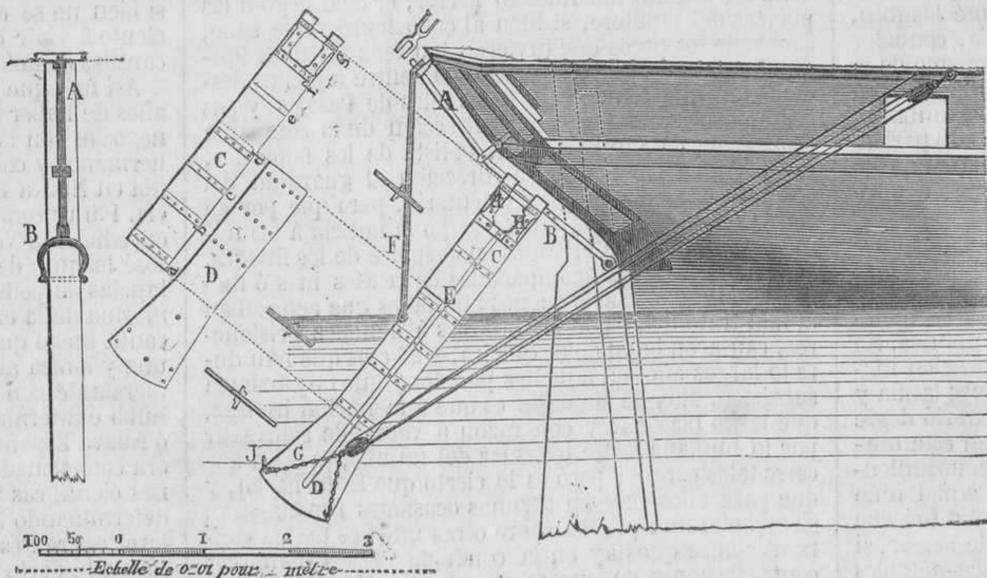
I.

El viajero que desde Hernani ó Astigarraga de Guipúzcoa se dirige á Francia, tropieza, despues de pasar

procuraremos por nuestra parte pagar una deuda, que mas bien que de amistad y paisanaje es de gratitud nacional.

En esa villa de Pasajes de que acabamos de hablar, vivia en el último siglo uno de esos patriarcas en quien el Supremo distribuidor de los bienes derrama con mano pródiga los mas pingües, los mas productivos y los mas estables y permanentes de la tierra: los hijos. Suponemos que mas de un filósofo moderno, de esos que analizan la sociedad por el cuadro de miserias y de crímenes que presentan las grandes aglomeraciones de seres humanos, sobre todo en esta época de industrialismo, se escandalizará de nuestra proposicion; pero nosotros hablamos del pais vascongado, y en aquella libre y nobilísima tierra, la suma felicidad consiste en tener muchos y buenos hijos, y como los buenos hijos se hacen con la educacion religiosa, con el ejemplo y con el amor á la familia, resulta que allí por caso rarísimo se ve algun hijo malo.

El patriarca á quien nos referimos se llamaba don Vicente de Ferrer y Echevarría, y tuvo seis hijos, de los cuales el menor fué don Joaquin María, único que en el dia vive, anciano respetabilísimo, querido y venerado de cuantos han tenido ocasiones de conocer los tesoros de bondad que encierra su corazon y las nobles prendas de su elevado carácter. Este honradísimo ciudadano y excelente amigo es de todos sus hermanos el solo que ha figurado, habiendo desempeñado en su provincia los principales cargos de república, y en la nacion los



TIMON DE FORTUNA, inventado por el capitán Morel.

(1) Tomamos del periódico *la España* estos interesantes apuntes biográficos escritos por el señor A. Galiano, que creemos interesantes para nuestros lectores, por referirse á un hombre notable que ha pasado la mayor parte de su vida en América.

el valle de Lozoya, uno de los mas pintorescos, amenos y bellos de Europa, con la ciudad de San Sebastian, y al cuarto de hora con la villa y puerto de Pasajes, emporio en otro tiempo de nuestra marina mercante y de guerra, y surcado hoy únicamente por lanchas de pobres pescadores.

Si Pasajes perteneciera á otra nacion que no fuese España, de seguro que figuraria como el primer establecimiento marítimo del mar Cantábrico, el cual, siendo tan proceloso y bravo, necesitaba por esta misma razon de cómodos y seguros abrigos. No lo habria igual en el mundo, si la bahía estuviese limpia, y si en su entrada ó boca se hubiesen hecho las obras hidráulicas necesarias. Se dirá que la empresa era colosal; cierto; pero infinitamente mayor lo era la de Cherburgo, y al fin se ha ejecutado, despues de algunos años de perseverancia. Tan abandonado como Pasajes se encuentra Guetaria, á pesar de que en él pueden fondear navios del mayor porte. Mas no siendo el objeto de las presentes líneas el de producir lamentaciones estériles, sino el de dar cuenta de una BIOGRAFIA que la piedad fraternal del señor don Joaquin María Ferrer, ministro que ha sido de Estado, senador del reino, etc., etc., y la elegante pluma del señor Alcalá Galiano, han dado recientemente á luz,

mas altos destinos, entre ellos el de consejero de la Corona. De los demás hermanos, el primero, don Francisco Javier, naviero y propietario en Buenos Aires, fué muy considerado, y dejó allí la mas grata memoria, particularmente entre los marinos: el segundo, don Manuel, pasó al reino de Méjico, donde murió, siendo constantemente buen español: el tercero, don Juan Bautista, entró á servir en el cuerpo político de la Armada, y fué ministro principal de bajeles en el Rio de la Plata, habiéndose distinguido extraordinariamente en la defensa de Montevideo contra los ingleses, y en las dos insignes y memorables jornadas ejecutadas por la poblacion de Buenos Aires bajo la conducta del esforzado marino don Santiago Liniers, rindiendo sucesivamente á los ejércitos de Beresford y Wihlook, que habian osado desembarcar en aquellas entonces fidelísimas playas, considerándolas indefensas, como si el valor castellano se hubiera jamás arredrado por el número de sus enemigos cuando ha tenido por caudillo á un héroe como Liniers.

El cuarto hermano fué don José Joaquín, á quien está consagrada la biografía: sabio astrónomo, muy conocido y reputado entre los extranjeros, y poco menos que desconocido entre los españoles.

¿Cómo es, se nos preguntará, que habiendo sido el señor don Joaquín José de Ferrer persona tan notable en ciencia apenas se tiene noticia de él en España? Muy sencillamente; porque aquí no hay mas que un camino para llegar á la celebridad, y el que no lo sigue queda oscurecido, y encerrada su fama en el círculo de las pocas personas que cultivan las ciencias en su verdadera amplitud. Y si no, dígasenos quién conserva hoy memoria de Sureda, Barras, Peñalver, García y otros hombres de inmensa reputación en Europa. ¿Qué ha hecho esta nacion para honrar la memoria del eminente don Antonio Gutierrez, cuyos restos, si han encontrado sepultura decorosa en Paris, es porque se la proporcionó su constante amigo Breguet? ¿Quién podrá dar razon de si vive todavía el insigne naturalista Miég? ¿Qué recuerdo se guarda de Lorenzo y Rostriaga, célebres constructores de instrumentos de física á principios del presente siglo, y que han dejado obras cuya precision y perfeccion admiran los inteligentes? Si alguien sabe que existieron esos dos afamados artifices, su memoria será para él un agudo dolor, pues le constará al mismo tiempo que ambos murieron en la mas lamentable miseria, habiendo vivido en sus últimos años de limosna. Si algo sabemos de Churruca, es porque su gloriosa muerte en Trafalgar le ha dado una celebridad que la ciencia sola de seguro no le hubiera proporcionado. Mas ¿á qué cansarnos en citas que podríamos multiplicar hasta lo infinito? Con decir que el ruido político es lo único que resuena por los aires, está bosquejado el cuadro de nuestra época.

Con tales antecedentes nadie extrañará que habiendo permanecido el señor don José Joaquín de Ferrer la mayor parte de su vida en América ó en el extranjero, sean contadas las personas que tengan noticia de su inmenso mérito como astrónomo.

Gracias al señor Alcalá Galiano, la injusticia está reparada, y de hoy mas, España podrá aumentar el catálogo de sus sabios, y el país vascongado envanecerse de haber servido de cuna á un hombre ilustre, digno de figurar entre los muchos que aquella privilegiada tierra ha producido, eminentes algunos en armas, no pocos en ciencias, bastantes en letras, y todos en amor y fidelidad á la patria.

No siéndonos posible reproducir la biografía completa del sabio Ferrer, extractamos los principales párrafos de ella.

II.

BIOGRAFIA DE DON JOSÉ JOAQUÍN DE FERRER.

Don José Joaquín de Ferrer nació en la villa de Pasajes de la provincia de Guipúzcoa en 26 de octubre de 1763. Fueron los padres de nuestro don José Joaquín, los señores don Vicente Ferrer y Echevarría, confador que fué de la real armada, y natural asimismo de la citada villa, y doña Manuela de Cafranga Villabaso, nacida en Munguía, villa del señorío de Vizcaya, ambos de estado nobles. De esta última señora era cercano pariente el señor don José Cafranga, ministro en tiempo de Fernando VII y que ha muerto há pocos años siendo senador del reino, universalmente estimado.

Nuestras noticias son: que desde sus primeros años mostró don José Joaquín de Ferrer tener un talento precoz con una afición decidida é igualmente temprana al estudio de las ciencias, y con particularidad á las matemáticas, señaladamente en la cosmografía y náutica. No obstó esta inclinación á que recibiese la educación literaria comun en que están incluidas las lenguas latina y francesa. Su padre, buen matemático, descubrió desde luego la idoneidad de su hijo, y acertando en esta ocasion el amor paterno, ayudado por buenos conocimientos y no inferior juicio, se prometió que aquel niño vendría á ser un matemático sobresaliente. Así fué que los progresos del jóven don José Joaquín de Ferrer, si bien visibles en todos sus estudios, fueron mas notables en las matemáticas, en que lo vivo de la afición ayudaba á lo claro y agudo del entendimiento.

Llegó en tanto la ocasion de que el objeto del presente escrito escogiese una carrera adecuada á su clase y á la naturaleza de sus hábitos y conocimientos. La de la marina parecia la mas á propósito para un jóven en su situacion, y si hubiese cedido don José Joaquín de

Ferrer á su inclinacion, la habria abrazado, con lo cual hubiera tenido nuestra armada un buen oficial mas, de aquellos versados y sobresalientes en los estudios mayores que le dieron lustre en los reinados de Carlos III y Carlos IV. Pero la fortuna brindaba á Ferrer con una colocacion mas ventajosa desde luego que podria serlo la de un oficial subalterno, en dias en que el mérito mismo no encumbraba de repente á los grados superiores, y á los puestos en que va acompañada de provecho considerable, aun siendo lícito, la parte mayor ó menor de honra adquirida en breves dias y con no largo trabajo. Un pariente de Ferrer, residente en Caracas, y uno de los principales empleados de la real compañía, que con el título de la misma provincia hacia exclusivamente todo el comercio de aquellas posesiones, y cuya direccion estaba entonces en San Sebastian teniendo un arsenal de construccion en el puerto de Pasajes, le llamaba á su lado para emplearle en la factoría de la misma sociedad en aquella apartada provincia.

La oferta era aceptable, y á don Vicente de Ferrer pareció que debía ser aprovechada, con lo cual su hijo hubo de acceder al deseo paterno. Quiso la casualidad que estuviese á la sazón aprestándose en Pasajes mismo una flota de siete buques mercantes, de ellos algunos armados en guerra y pertenecientes á la compañía, flota cuyo destino era á Venezuela. Estaba España en 1779 en hostilidades con Inglaterra, gracias á la imprudentísima resolucion que por afectos de odio antiguo y de amor y condescendencia con la rama de su familia reinante en Francia habia tomado Carlos III, quien sin justo motivo se habia declarado en favor de los colonos de la América setentrional inglesa, levantados contra su madre patria. Hubo pues de ser convoyada la flota por un buque de guerra, y tocó hacerlo á un navío de línea recién construido en el mismo Pasajes, y cuyo nombre era la *Asuncion*, siendo su comandante don Miguel de Iradi, natural asimismo de aquel pueblo, y no excediendo el porte del navío de sesenta cañones, que es lo que hoy tiene una fragata de primera clase. En este navío se embarcó don José Joaquín de Ferrer en calidad de pasajero, y dando la vela el convoy para su destino el día 1º de enero de 1780, tuvo tan adversa la fortuna, que llegado á los ocho dias á la altura del cabo de San Vicente, dió con la escuadra inglesa mandada por el almirante Rodney, á quien hizo despues famoso la gran victoria alcanzada sobre la escuadra mandada por nuestro general don Juan de Langara, que cruzaba para proteger nuestra navegacion de Indias, y que despues batió aun la francesa al mando del conde de Grasse en los mares de las Antillas. Poca defensa podia hacer la inferiorísima fuerza de la flota española contra tan poderoso enemigo, y así fué que el navío *Asuncion*, y con él todo el convoy encomendado á su custodia, no sin haber hecho antes la resistencia posible, dejando bien puesto el honor de nuestra bandera, cayó en poder de los ingleses.

La suerte pues de un prisionero de guerra fué la que cupo á don José Joaquín de Ferrer á los diez y siete años de su edad, y en los comienzos de lo que propiamente puede ser dicho la vida del hombre. No fué grato el cautiverio, no solo por no serlo en sí tal situacion, sino tambien por las circunstancias que le acompañaron. Las de Inglaterra son tales, que apenas consienten tener con la debida comodidad á los prisioneros, de lo cual han nacido en hombres de otras naciones que han tenido la desgracia de estar en tan desagradable situacion, y en los que por noticias no mas la conocen, vivas y amargas quejas, en parte fundadas, y en otra parte no con el debido fundamento, aumentándolas y esforzándolas las pasiones enemigas. Lo cierto es que al jóven Ferrer y á sus compañeros tocó estar en uno de los puntos menos sanos de la Gran Bretaña, y agregándose á lo poco saludable de la residencia, la dureza en el trato, vino á declararse entre los prisioneros una enfermedad epidémica de clase maligna, que en pocos dias acabó con las vidas de muchos de ellos, habiendo amenazado con la muerte á casi todos.

De los últimos fué nuestro Ferrer, el cual llegó á las puertas del sepulcro, si bien al cabo logró verse sano, siendo de los pocos que tuvieron tan feliz fortuna. Porque fué tal en efecto, la mortandad entre aquellos desdichados, que siendo casi todos ellos de Pasajes y sus cercanías, cuando llegó á la direccion de la compañía establecida en San Sebastian, la lista de los fallecidos, fué remitida por la misma direccion al guardian del convento de capuchinos de Rentería, para que por su comunidad fuese dada á un tiempo la noticia á las numerosas familias interesadas en la suerte de los finados. Las fatales nuevas acompañadas de relatos mas ó menos verídicos, ó mas ó menos abultados que achacaban al mal trato dado por los ingleses á aquellos prisioneros, causaron igual dolor que ira, y afectos que han durado largos años en aquellos pueblos y que hoy todavía subsisten. Muy de lamentar es que á la nacion inglesa, que tanto blasona, y con razon á veces, de sobresalir por lo humana entre todas las del mundo, puedan hacerse tales cargos; pero es lo cierto que se le hacen, y que para ellos hay en algunas ocasiones fundamento, siendo ello una prueba sobre otras muchas de las contradicciones que hay en la conducta de los hombres; contradicciones de que el carácter inglés da muchas pruebas.

El padre de Ferrer, acongojado con las tristes noticias recibidas en punto á la situacion de los compañeros de cautiverio de su hijo y aun á la de este mismo, y temeroso de mayores males, no perdió un instante en dar pasos para sacar al jóven del peligroso lugar en que yacía, y al instante escribió al comisionado general de

prisioneros españoles don N. Gandásegui, rogándole emplease todos cuantos medios estuviesen á su alcance para sacar al cautivo de su prision bajo fianza, y ponerle en un colegio. Era Gandásegui, pariente de la esposa de Ferrer, y por esto, y por otras consideraciones procedió en el negocio que se le encomendaba con suma eficacia, y al cabo con feliz éxito, pues logró trasladar á un colegio al jóven por quien se empeñaba, el cual aprovechando la ocasion, y su estancia en la ilustrada Inglaterra, siguió allí sus estudios hasta el año de 1786, haciendo singulares progresos en las ciencias matemáticas, y particularmente en la aplicacion de estas á la astronomía, y llegando á ser dueño del idioma inglés, de lo cual es testigo quien esto escribe, y le oyó manejar aquella lengua como la propia.

Pasados así algunos años, en los cuales fué restablecida la paz entre España é Inglaterra, volvió nuestro jóven á su patria y al seno de su familia. Para un natural aventajado, trabajos como los que acababa de pasar, son un favor de la fortuna. Sobre los estudios que habia hecho en una nacion donde las ciencias que amaba y cultivaba estaban muy adelantadas, habia tenido dos grandes maestros para aleccionarle en la carrera de la vida: la desdicha y la residencia en tierra extraña; residencia que pierde al necio y al fatuo, pero que abre nuevos y espaciosos horizontes al agudo y juicioso. Entre estos últimos merecia ser contado Ferrer, quien durante su breve estancia con su familia, continuó estudiando con la aplicacion y el celo que desde sus tiernos años habia manifestado, y con la feliz fortuna que le aseguraban sus dotes naturales. No tardó su padre en ponerle de nuevo en carrera, y aprovechando algunas conexiones de familia, le envió á Cádiz, para que desde allí pasase al Perú, como hizo embarcándose el 2 de enero de 1787 en la fragata *Pájaro*. Al cabo de una navegacion regular tocó este buque en el puerto de Arica, puerto intermedio del de Lima.

Nuestro don José Joaquín de Ferrer, que á la sazón no contaba arriba de veinte y cuatro años, no quiso que esta estacion de su viaje pasase desaprovechada ni para él ni para otros. Así fué, que hizo varias y prolifas observaciones para determinar y dejar fijada la posicion geográfica de aquel puerto, cuyo plano además trabajó, á lo que añadió una razon cumplida de las mareas en el mismo punto, y como fuese algo dibujante, diseñó las vistas de aquellas tierras. Pasando á otra clase de tareas como son las de los anticuarios, examinó y describió un antiquísimo monumento de los que llaman allí *Guaca*, que venia á ser un enterramiento de la época de los Incas, donde por ser aquel suelo de arena y salitroso, están conservados los cuerpos en él depositados en su cabal integridad con las vestiduras y vasijas de búcaro, intactas, tales cuales estaban al ser enterradas; en suma, perfectas momias mientras el aire no las visita, pero que una vez tocadas caen resueltas en polvo. El trabajo á que acaba ahora de hacerse referencia, si bien acreditaba á su autor que en edad todavía temprana, daba ya grandes pruebas de su espíritu de observacion, de su buen juicio, de sus conocimientos, y de su deseo de no desperdiciar ocasion de emprender útiles y curiosas tareas examinando los fenómenos de la naturaleza y de la industria humana, dista sin embargo todo cuanto se puede suponer de las obras del mismo Ferrer llegado á edad madura y aumentado considerablemente el caudal de ciencia que con afanosa solicitud iba de continuo allegando.

Pero don José de Ferrer no era solamente un hombre estudioso cuya única ocupacion fuese cultivar su entendimiento y dar al público los productos de su talento y de la profunda instruccion que habia adquirido. Era tambien hombre de negocios, y supo atender á los de la profesion que habia abrazado; de no pocos hombres ilustres por su saber ha sido costumbre decir lo que con alguna razon, pero con exceso injusto, han dicho varios escritores de nuestro rey Don Alfonso el Sabio, y es que levantada la vista al cielo, y fija en él, descuidó de todo punto las cosas de la tierra. No así nuestro Ferrer, que si bien no se enriqueció, acertó á hacerse con lo suficiente á vivir con desahogo atento á los negocios mercantiles cuando no olvidaba los intereses de la ciencia.

Así fué, que volviendo á Cádiz desde el Perú, á pocos años de haber pasado á aquella lejana tierra, se ligó en negocios con la casa de comercio de los señores Torre, hermanos y compañía, la cual, á la sazón opulenta, tenia en Nueva España intereses de la mas alta importancia. Para promover estos despachó la misma firma una expedicion á Veracruz, poniendo al frente de ella á don José Joaquín de Ferrer en quien concurrían las circunstancias de poder dirigir con igual habilidad la parte marina de la expedicion en su travesía, y la parte mercantil luego que estuviese en el territorio mejicano. A una y á otra atendió el jóven marino astrónomo y comerciante con feliz fortuna. Porque desembarcado que hubo é internándose en el entonces vireinato de Méjico ó Nueva España, sin olvidar el interés de la casa de que era comisionado, quiso llevar adelante sus observaciones científicas y llevó desde luego á efecto su intencion, determinando la situacion y midiendo las alturas angulares aparentes del pico de Orizaba, uno de los mas altos en la parte setentrional de las extendidas y altísimas sierras que cruzan el espacioso continente americano. Observadas varias distancias del mar, hubo de determinar la altura absoluta del pico de Orizaba y otros, como el de Perote, Xalapa y Encero, comparadas con el pico de las Azores, y sus respectivas posiciones geográficas, siendo el primero sobre el nivel de aquel en 19,563 piés de Búrgos ó sea 2,793 toesas francesas, como era costumbre medir entonces, que son próximamente

5,448 metros segun la medida hoy legal en España, aunque no en uso.

Este trabajo con una tabla de distancias en millas de 69 al grado desde 63 hasta 150, las alturas angulares aparentes, sus diferencias y el uso ejemplizado de la misma tabla, está en las obras publicadas de nuestro Ferrer, y fué comunicado á diferentes cuerpos científicos de Europa y América juntamente con una determinación de la situación geográfica de Veracruz y de otros puntos notables del antes vireinato de Méjico; obra esta última ejecutada posteriormente con mas perfecto conocimiento é instrumentos muy superiores; la cual por su exactitud escrupulosa merece y goza hoy el mas alto concepto entre los sabios, que como á todo lo hecho por tan incansable y curioso observador, la han acogido con la mas absoluta confianza.

Volvió á Cádiz desde Nueva España don José Joaquin de Ferrer, y durante su segunda estancia en aquel, á la sazón todavía floreciente, departamento de nuestra marina real, contrajo relaciones de amistad con algunos oficiales célebres por su saber, como eran Churruga, Galiano (padre de quien esto escribe), y fué colaborador y de los mas asíduos en los trabajos del observatorio astronómico trasladado de Cádiz á la isla de Leon, hoy ciudad de San Fernando.

De los que mas le dispensaban su confianza era uno el teniente general don José de Mazarredo, oficial de los primeros en nuestra armada por lo autorizado y estimado, cuyo nombre, muy citado con respeto en aquellos dias, está hoy, si no olvidado, poco menos; olvido dicho sea de paso, por demás injusto. Quería Mazarredo que ingresase Ferrer en el cuerpo de la real armada, y se proponía hacer presente al rey su mérito, á fin de alcanzar de S. M. una gracia, que lo seria, así como para el interesado, para el cuerpo ilustre á que habia de agregarse. Pero los negocios particulares de nuestro Ferrer, que él no podia ni deseaba desatender, por estar enlazados con los de la casa, con la que tanto se habia ligado, le precisaron á salir de Cádiz en 1799 y á trasladarse á los Estados Unidos de la América setentrional, donde hubo de establecerse en la ciudad de Nueva York, residencia, que segun se verá, lo fué suya por algunos años, si bien desde ella hizo varios viajes á la isla de Cuba y á diversos puertos de Costafirme é islas, segun lo requerian las negociaciones mercantiles que tenia á su cargo ó llamaban su afición científica.

Pero cabalmente en medio de estas ocupaciones tanto cuanto áridas, graves, lejos de descuidar Ferrer las ciencias, objetos para él de un amor que bien merecia el título de culto, se dió á estudios y trabajos científicos con ardor superior al que antes habia manifestado. A sus antes preferidos ramos de la ciencia añadió el de la botánica y otros naturales y el de la lengua griega. En suma, don José Joaquin de Ferrer en aquel pueblo de comerciantes llamó á tal punto la atención de las gentes, que en 17 de abril de 1801 fué nombrado miembro del ilustre cuerpo titulado *Sociedad filosófica de los Estados Unidos*, distinción que él justificó situando astronómicamente varios puntos de aquel pais que no lo estaban antes, ó lo estaban mal, y publicando varios trabajos importantes que pueden verse en el tomo VI de las *Transacciones filosóficas* de la misma sociedad, correspondiente al año de 1809.

A. GALIANO.

A mi último escudo.

TRADUCCION LIBRE DE MILLEVOYE

Resto de un frágil tesoro,
Recurso mio postrero
Que aun ocupas de mi bolso
El solar pobre y estrecho;
Modesto y precioso escudo,
Tu partida se ha resuelto
Y me obliga á consentirla
Mi indispensable sustento;
Te lloraré eternamente,
Te acariciaré en mi seno,
Amigo fiel y amoroso,
Cual tú, ninguno en el suelo.
Largo tiempo mi ternura,
Mi inclinación, mi talento,
Todo te lo he consagrado
Con el mas rendido afecto.
Pobre escudo, ¿dó te llevan?
¿Cuál será tu fin, tu empleo?
¿Correrás por esos mundos
Por aduares ó pueblos,
O irás tímido y confuso
Al cofre de un usurero?
¿Te llevarán humilde
A servir al opulento,
Al necesitado, al pobre,
Al mísero ó al hambriento?
Tu suerte ¡ay! me estremece:
¿Irás gastado y sin sellos
A una fundición ardiente

A que te acuñen de nuevo?
¿O bien de un rico bolsista
En depósitos repletos
Caerás cual gota de agua
En aquel océano inmenso?
¿Qué de escollos á tu vista
Se ofrecerán con exceso!
De tu futuro destino
La suerte infausta preveo.
¿Si á cargo de tu conciencia
Te harán pagar un objeto,
Que mi casta lengua calla
Y mas aclarar no debo?
¿De Talia ó Melpomene
En el espacioso templo
Donde los fatuos se ilustran,
Facilitarás un puesto?
¿Por costumbre, inclinación,
Por natural pasatiempo
Pagarás de algun poetastro
Los mal concertados versos?
¿De libelista famoso,
De plata siempre sediento,
Remunerarás cuitado
Los embrollos y los cuentos?
¿O sobre el verde tapete
Esperanzas del fullero,
En el mar raudo insondable
Te engolfarás de su juego?
Tal vez con su lista mano
Esos que atrapan al vuelo,
Te echarán listos el guante
Con su anhelar indiscreto.
O un devoto timorato,
Caritativo y austero,
Contigo, escudo del alma,
Dará al mendigo remedio.
Con esta idea mis cuitas
Se mitigan un momento,
Aunque en la beneficencia
Suele perder el benéfico.
Tú nuestras debilidades
Conoces y nuestros yerros;
Sabes que todo en el mundo
Lo dominas con tu imperio:
Conoces que el egoísta
Triste, aislado y sin concierto
Vive y muere sin amigos,
Sin allegados ó deudos;
Y como el rico ostentoso
Insulta con tono artero
Al sabio menesteroso
Y lo trata con desprecio,
Y en fin, que el siglo de plata
Nos lleva al siglo de hierro.
Mas ya el instante se acerca
En que te vas de mi lejos,
Y ya suena la hora infausta
De nuestro adios postrimero.
¡Adios, escudo querido!
¡Adios, mi bien, mi consuelo!
Acuérdate en tu carrera
De este amigo verdadero:
Si algun dia fatigado
Vuelves á mi hogar poético,
Con mi melodiosa lira
Cantaré todos tus hechos.

J. M. DE ARRABIDE.

La ley del amor (1).

La noche misteriosa tendió su negro velo,
En paz todo se agita; la tierra, el cielo, el mar...
El hombre! ¡siempre el hombre! ¿porqué ese desconsuelo?
Serán delirios mios... decid, ¿no ois llorar?

¿Qué le falta, quién llena, gran Dios ese vacío
Incomprensible, vago, inmenso, asolador?
Un sentimiento solo mas dulce que el rocío,
Unos labios que digan: ¡Muriendo estoy de amor!
Unos ojos rasgados, brillantes como el oro
De ese sol que derrama el fuego de un volcán,
Un abrazo suave, un dulce «¡yo te adoro!»
Bañado en la tristeza del amoroso afán.
Una lágrima de esas que la ansiedad apila
Cuando recuerda el alma sus horas de ilusión,

(1) Esta poesía forma parte de una colección que ha escrito el autor con el título de *Ecos del siglo*.

Y que al lucir inquieta en la vivaz pupila
Parece esté diciendo: ¡Yo busco un corazón!

La noche misteriosa tendió su negro velo,
En paz todo se agita; la tierra, el cielo, el mar...
El hombre! ¡siempre el hombre! ¿porqué ese desconsuelo?

Porque apegado al lodo desobedece al cielo.
¡Es una ley eterna, nacemos para amar!

FRANCISCO CALVO Y R.

Antonio Dandolo,

DIPUTADO DEL PARLAMENTO JÓNICO.

Antonio Dandolo, nacido en Corfú en 1778, ha trabajado durante cuarenta y cuatro años en beneficio de su pais con sus escritos, sus discursos y sus acciones; miembro del parlamento jónico en 1833, abrió las puertas de la asamblea al pueblo, hizo anular los derechos sobre los granos, decretar las pequeñas fracciones de la moneda, y establecer refugios para los pobres; reprimió el corte de los olivos, puso libre el comercio de aceite por anticipación, hizo acordar á los acusados el derecho de hablar los últimos, facilitó á los propietarios la percepción de sus derechos privilegiados y quitó al Senado el derecho mal ejercido de elegir los obispos, derecho que segun la ley propuesta por él, hubo de pasar al clero segun los cánones de la Iglesia oriental. Fué director general de la Beneficencia, inspector general de las escuelas jónicas, y miembro de la comisión general de instrucción pública. En todas estas situaciones dió muestras de su celo por varias reformas á cual mas útiles.

Como simple particular no sirvió menos á su pais; no solo combatió los abusos del poder, sino que reclamó en Inglaterra muy á menudo y enérgicamente, puso libres en beneficio de los particulares ciertos árboles productivos de los que se habia apoderado el gobierno por una medida arbitraria, y entre ellos las moreras.

Elegido miembro del ayuntamiento, como regente provisional de Corfú, se distinguió en su administración haciendo ensanchar la ciudad, abriendo nuevos caminos, llevando agua allí donde faltaba y dotando á la población de un hermoso alumbrado. Su conducta en la época del cólera no fué menos honrosa. Elegido miembro del segundo parlamento, fué presidente provisional de la asamblea, donde se señaló por su fuerza y dignidad de carácter. A principios de 1859 propuso la unión de las Islas jónicas á la Grecia. Sabido es que esta proposición fué aceptada y aplaudida por todo el mundo, aunque no mereció la aprobación de la reina Victoria. El señor Dandolo ha publicado desde 1817 una porción de escritos favorablemente acogidos por la prensa europea. Ultimamente, con motivo de la carta escrita por lord John Russell á sir S. Hudson, ministro plenipotenciario de Inglaterra en Turin, el señor Dandolo hizo patente la contradicción del noble lord, y probó que sus argumentos en favor de la Italia se aplicaban igualmente á las Islas jónicas que reclamaban su unión á la Grecia.

No habiendo obtenido respuesta alguna, dirigió una humilde súplica al Parlamento inglés para demostrar que no solo era justo relativamente á los habitantes de las Islas, sino que era tambien de un interés absoluto para la Gran Bretaña el abandonar la protección de las Islas jónicas.

Todos estos documentos son muy conocidos del público. Antonio Dandolo aplaudido por todos recibe continuamente reiteradas manifestaciones de la gratitud de los griegos.

P. P.

Los Jardines de niños.

Un nuevo método de educación se ha inaugurado en Alemania hace treinta años por Fröbel, uno de esos genios á la vez organizadores y especulativos, atrevidos y bondadosos, como producen á veces los pais del Norte bajo la influencia del cristianismo.

Esta primera tentativa permaneció durante quince años aislada é ignorada. Otras dos escuelas establecidas segun el mismo método se fundaron en 1848, la una en Francfort y la otra en Hamburgo. Actualmente, esta última ciudad posee catorce; la Suiza tiene unas veinte, y el número total de estos establecimientos se eleva á mas de ciento en los dos mundos (1).

Seguramente, hay algo aquí que merece fijar la atención pública.

Michelet, en su libro titulado *la Mujer*, ha dicho estas palabras acerca del fundador de los *Jardines de niños*: «Por una inspiración de su genio, y á fuerza de sencillez, el buen Fröbel ha encontrado lo que los sabios habian buscado vanamente: el misterio de la educación.»

Sin embargo, el creador de la nueva pedagogía partió de una idea bien sencilla.

(1) En 1860 habia 64 en Alemania, 8 en Bélgica, 6 en Inglaterra, 2 en Holanda, 4 en Francia, 11 en Suiza y 9 en América.

Cansado de las repetidas preguntas de un niño, se puso á reflexionar sobre esa curiosidad inherente á los pocos años. «Puesto que interrogan es que quieren saber; pero es el caso que no nos preguntan mucho sobre el análisis lógico ó gramatical. Su curiosidad se despierta sobre las flores, los pájaros y las estrellas; todo lo que llama su atención les interesa; y las cosas abstractas les fastidian. Pues bien, se dijo: vamos á educarlos á su gusto; tratemos de seguir las indicaciones de la naturaleza, y en vez de abrirles una escuela donde se aburran, abrámosles un jardín donde se diviertan.»

Tal fué el origen de esas escuelas llamadas *Jardines de niños*.

Cuando hace buen tiempo reúnen á los niños bajo una bóveda de verdura ó en un verdadero jardín, donde respiran á la vez la alegría y la vida. Una directora afectuosa y risueña les recibe allí como para una fiesta. En los ejercicios que ella dirige, apenas se puede distinguir lo que es juego y lo que es trabajo. Se entregan á la gimnasia sin que ellos lo sospechen, y por medio del baile y el canto se familiarizan con el compás musical y con la gracia de los movimientos. Paseándose adquieren mil nociones diversas sobre los objetos que les cautivan. Cada uno de ellos tiene su jardinillo; y les explican cómo deben cultivarse las plantas, cómo ellas se alimentan y producen su fruto.

Algunas veces estas nociones sirven de punto de partida para la historia de las diferentes preparaciones industriales que sufren las materias vegetales. Aquí está el trigo ó la cebada, y es una buena ocasión para contar cómo se hacen los panes, el almidón, la fécula, la cerveza, el alcohol y el azúcar. Se supone que todo esto no se dice de una vez; pero el resultado es que á fines de año los niños, sin haberse aburrido un solo instante, han adquirido mil conocimientos menudos que han dirigido su entendimiento por mil caminos diferentes donde sus aptitudes particulares han podido darse á conocer; y los han adquirido de un modo tan fácil y natural que no pueden envanecerse por ello, y así presumen que no tiene más mé-



ANTONIO DANDOLO, miembro del parlamento jonico.

rito saber los nombres de los insectos y las flores del campo, que los de los muebles de su casa.

Cuando hace mal tiempo les ocupan en la sala de reunion. Cada uno de ellos tiene una cajita llena de pedacillos de madera cortados en cubos, en prismas, en tablillas, etc. Primeramente se los hacen contar, lo cual les ejercita en la numeracion; y despues les enseñan á colocarlos en forma de pared, de bóveda, de escalera, etc., y les van explicando al mismo tiempo los principios elementales de estas diferentes construcciones.

Tal es el método de Fröbel: consiste en seguir en la enseñanza el órden de las cosas sobre las cuales se despierta por sí misma la curiosidad del niño, de modo que la leccion corresponde siempre á un deseo. Por esto da gusto ver como corren á su jardín de educacion todos los chicos, que no creen acudir sino á un lugar de recreo.

Pero este mismo placer que les proporcionan las lecciones así recibidas, ha dado márgen á una reflexion que fué contestada de un modo muy chistoso. Una madre de familia, sin dejar de convenir en los progresos que habian hecho sus hijos, observó al director de uno de estos establecimientos, que encontrándose allí tan contentos los niños, se podia temer que á su entrada en el mundo no estuviesen preparados para las dificultades y sinsabores con que se tropieza en la vida.

—En ese caso, señora, respondió filosóficamente el buen maestro, enviad á vuestros hijos á las escuelas donde no aprenden nada y donde los hacen desgraciados.

Existen ya varias publicaciones periódicas destinadas á dar á conocer este modo de educacion, y una nueva revista consagrada á la misma causa se dará á luz próximamente en Lausana.

El dibujo que acompaña á este artículo representa el *Jardín de niños* existente en Lausana; el cual se encuentra situado en una cuesta de donde se descubre la mayor parte del magnífico lago que la Francia no envidia ya á la Suiza, puesto que posee una mitad de él actualmente. A. M.



JARDIN DE NIÑOS EN LAUSANA.